
MARÍA ROJO
Nada más...
Selecta

# Nada más...

*María Rojo*

Selecta

*A mis tres hombres Sanz, mi vida entera*

*No es que no pueda vivir sin ti*
*Es que prefiero que sea contigo*
*En otra cama, no se duerme igual*
*Si no es de tu boca, no me gusta el vino*
(*El vino de tu boca*, de A. Sanz)

*Nosotros, que nos queremos tanto...*
Del bolero *Nosotros*, cuya autoría es de Pedro Junco Jr.
y que fue popularizado por el Trío Los Panchos

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

El despertador sonó a las 6.25, como cada mañana. Clara no se movió de inmediato. Abrió los ojos en la penumbra de su habitación y se quedó un instante quieta, escuchando el silencio de la casa aún dormida. A su lado, David respiraba con profundidad, completamente aletargado, sin rastro de insomnio, compañero inoportuno que a ella muchas veces le agrietaba las noches.

Se levantó sin hacer ruido, se puso la bata y caminó descalza, primero hasta la cocina, encendió la cafetera y organizó los almuerzos de sus hijas, después volvió a su habitación y se dirigió al baño. Cerró la puerta con cuidado, encendió la luz y dejó que el espejo le devolviera esa imagen que conocía de memoria y que, sin embargo, nunca terminaba de aceptar del todo.

El vapor de la ducha comenzaba a empañar el cristal, pero aún podía verse. Rubia, con la raíz algo más oscura ya visible. La piel blanca, los ojos verdes que habían sido su orgullo y que ahora le parecían apagados. Tenía curvas —las mismas de siempre, aunque algo más suaves, algo más reales— y una belleza serena, intacta en esencia, pero desdibujada por el paso del tiempo.

Se observó de frente, sin dramatismo. No es que se sintiera fea. Es que hacía años que no se sentía deseada. No de ese modo eléctrico, total, en que una mirada bastaba para saberse viva.

La ducha cayó sobre su cuerpo con fuerza, y ella cerró los ojos, intentando dejar atrás esa nostalgia sorda que a veces se colaba sin permiso, sobre todo en mañanas de otoño como la de ese día. Mientras se enjabonaba los brazos, pensó en lo rápido que pasaban los años y los días, y en lo mayores que aquel verano se habían hecho sus dos hijas.

A las 7.15 ya tenía todo listo. Desayuno, mochilas, revisión de deberes olvidados en el último minuto. David se despidió con un beso rápido, aroma a café y colonia cara. Clara, como cada día, condujo hasta el colegio en piloto automático, escuchando música escogida por las niñas, peleas de hermanas y risas. Y después, ese silencio repentino cuando cerró la puerta del coche y se quedó sola otra vez.

Cambió la *playlist* y optó por Alejandro Fernández. Aquella mañana se le antojaba la voz de aquel hombre varonil y sus desamores. El trayecto hasta la oficina le pareció más largo de lo habitual. El tráfico estaba siendo muy denso, y aun siendo principios de octubre, el calor del verano no quería marcharse del todo. Aparcó en su plaza, tomó su bolso, su café en vaso térmico y avanzó hasta la entrada, saludando con su habitual amabilidad a todo aquel que se cruzase en su camino, empezando por Jorge, el conserje.

—Buenos días, Jorge, ¡que tengas un día estupendo!

—Buenos días, señora Clara, ¡a ver si este calor nos da tregua, que ya toca!

—Cierto, Jorge, toda la razón. —Sonrió de nuevo, y pasó su tarjeta de entrada por el lector y accedió al vestíbulo.

En la pantalla del ascensor, el número de su planta ascendía despacio. Clara aprovechó el reflejo en el metal pulido para arreglarse el pelo, repasar sus labios con brillo, colocarse bien la chaqueta.

Ahora, y desde hacía tres años, era responsable del área legal de la compañía, una empresa grande pero no enorme, en proceso de expansión. Casi siete años la separaban de su primer día. Se había reincorporado al mundo laboral cuando su hija menor, Alba, inició preescolar. Tras un parón de cinco años en los que puntualmente asesoró a amigos de su esposo, pero donde su dedicación principal fue la crianza de sus hijas, decidió volver al mundo laboral.

David estuvo de acuerdo, alegó que no era necesario, que su sueldo alcanzaba para vivir holgadamente los cuatro sin que ella tuviera que trabajar, pero que, si necesitaba una distracción y estar ocupada en otras cosas, él no se opondría.

Coordinar la vida laboral y personal no fue sencillo al principio, pero volver a sentirse independiente y, sobre todo, ocupar la mente evitando sumergirse en la pena que le oprimía el pecho desde hacía dos años atrás compensaban el cansancio y las lavadoras a altas horas de la noche. Luego todo fue encajando poco a poco y ascendió hasta el puesto actual, uno que le permitía poner en práctica sus estudios de Derecho.

Esa mañana, en la torre de acero y cristal donde trabajaba, la dirección general había convocado una reunión extraordinaria para anunciar una adquisición estratégica: una empresa portuguesa del sector tecnológico. Clara llegó la primera a la sala. Era conocedora de la compra y debía revisar todos los aspectos legales de la operación, colaborar con el bufete externo, preparar los borradores y participar en los viajes necesarios a Lisboa. El jefe proseguía con los datos, ella tomó nota de cada indicación, sin levantar la vista de su ordenador.

—El bufete colaborador para esta operación ya ha designado al abogado que coordinará el proceso por su parte —dijo el director

general—. Creo que algunos ya lo conocen.

Ella levantó la cabeza justo cuando él entraba en la sala.

Samuel Guerrero.

El tiempo, a veces, se repliega en sí mismo. No era la primera vez que lo veía. Se conocieron hace años, cuando él llevó un caso para otra empresa en la que ella colaboraba como asesora jurídica. Se cayeron bien, sin más. Él, alto, moreno, con esa forma de moverse que mezcla seguridad y calma. Ella, entonces, no estaba rota. Él, entonces, estaba casado.

—Clara —dijo él, sin vacilar, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Samuel —respondió ella, sintiendo cómo aquel nombre sabía a otra época.

No hubo mayor dilación. Solo un saludo sobrio, profesional. Pero cuando se sentaron, algo invisible se acomodó también en la sala. Un recuerdo, un eco. Algo que había quedado quieto durante años, esperando.

Ella se concentró en los términos contractuales, en las cláusulas de confidencialidad, en las implicaciones fiscales transfronterizas. Él también. Pero entre los términos legales y las cifras, se empezó a escribir otra historia. Silenciosa. Complicada por adelantado.

Y de pronto el viaje a Lisboa, programado para la semana siguiente, dejó de ser un asunto de trabajo.

Se convirtió en una desconocida ilusión.

En un intruso pensamiento en las mañanas.

En un posible café juntos como antaño.

En una grieta por donde se filtraría la vida.

# Capítulo 2

Cuando Clara supo la verdad, no gritó. No hizo las maletas. No se fue de casa. La ginecóloga habló con la voz tranquila de quien repite ese diagnóstico a diario: «Papiloma humano, fase uno, tratable. No se asuste. No es grave en absoluto». Clara asintió, tomó la receta, salió a la calle y supo, antes de llegar al coche, que algo no encajaba. No había espacio para la duda. David había estado con otra mujer. Con más de una, supo después.

Lo enfrentó sin escándalo, sin llanto. Él, contra todo pronóstico, no lo negó. Pidió perdón. Dijo que era pasado, que estaba arrepentido, que su familia era su vida. Que no recordaba ni el nombre de con quién estuvo.

Que fue producto del alcohol, de alguna noche de fiesta, la irresponsabilidad del momento.

Que la amaba por encima de cualquier error humano cometido hacía ya mucho. Y Clara, con las niñas pequeñas dormidas en la habitación contigua, lo perdonó.

No por debilidad. No por miedo. Lo hizo por amor. Por rutina. Por la necesidad de creer que aún quedaba algo intacto entre ellos.

Durante un tiempo, David fue otro. La cuidó como nunca antes. Le preparó cenas, la abrazó con ternura, le susurró palabras dulces en la cocina. Arregló él mismo, por fin, el jardín para que las

pequeñas jugasen con mayor seguridad y ella pudiera tomar el sol. Se transformó en un marido aún más ideal de lo que ella esperaba cuando se casaron. Pero en ese mismo tiempo, mientras él se esmeraba en reconstruir lo perdido, Clara empezó a ver lo que nunca había querido mirar.

Fue como si el velo que había cubierto sus ojos durante años se disolviera en humo. Como si el espejo donde se había reflejado su matrimonio durante tanto tiempo comenzara a devolverle una imagen más cruda, más cierta.

David era encantador, sí. Elegante. Culto. Admirado por todos. Pero también era altivo. Tenía siempre la razón, incluso cuando no era cierto. Sabía girar cualquier conversación hasta salirse con la suya sin levantar la voz.

Clara comenzó a repasar los años anteriores como quien repite una obra de teatro que ha visto mil veces, pero solo ahora entiende el subtexto. Y descubrió que había vivido mucho tiempo en una culpa no declarada.

Que siempre había sentido que no estaba del todo a la altura. ¿De qué? No lo sabía exactamente. Pero era un lugar que David —con su carisma dinámico— había sabido construir con precisión milimétrica.

«Cariño, deberías cuidarte un poco más». «¿Por qué no te compras algo nuevo? Te verías más moderna». «Delicioso, amor, pero el próximo día haré yo el pollo, creo que los invitados quedarán más satisfechos». «Hoy llegaré tarde, tengo una cena importante».

Frases suaves, nunca crueles. Sugerencias, no órdenes. Pero todas iban dejando un surco. Como una gota que, sin hacer ruido, termina por romper la piedra.

Se dio cuenta de que se había enamorado de una idea, un príncipe perfecto, un hombre brillante. Pero con el devenir de la

vida, descubrió que ese brillo a veces la opacaba. Que no siempre la miraba, aunque la quisiera. Y que ese amor —ese que había sido real— ya no era suficiente.

Durante un tiempo vivió triste. No era tristeza profunda, era otra cosa. Una sequedad interna, como si se hubiera cerrado una puerta que no sabía cómo volver a abrir. Pero después, poco a poco, aceptó su realidad. Encontró una paz amable en su hogar, un equilibrio posible. Apostó por su familia, convencida —o queriendo convencerse— de que David había rectificado y que la fidelidad, ahora sí, sería parte del pacto.

Sin embargo, nunca fue lo mismo.

Algo en ella se apagó para siempre.

No dejó de amar a David, pero ya no lo admiraba. Y quizá, en silencio, también había dejado de admirarse a sí misma.

# Capítulo 3

Samuel Guerrero había nacido en Barcelona, en el barrio de Sant Gervasi, hijo único de padres discretos y afectuosos que nunca lo presionaron por nada, pero esperaban mucho de todo. Estudió Derecho en la Universitat de Barcelona, y lo hizo bien, como casi todo lo que se propuso desde niño. No por ambición, sino por costumbre. Era de los que cumplían, de los que no fallaban, de los que tomaban decisiones sin alardes.

A los veintiséis, recién licenciado y con un máster por acabar, conoció a Nuria, la que sería su esposa. Era brillante, decidida, guapa de un modo rotundo. Se enamoraron como lo hacen los jóvenes seguros de que la vida está bien trazada, con ganas, sin miedo, sin dudar. Se casaron un par de años después, tuvieron dos hijos —Martí, de once, e Ivet, de ocho— y compraron un piso amplio en el centro, cerca de todo, donde la vida podía suceder sin necesidad de preguntarse demasiado.

Durante un tiempo, fueron felices. O al menos lo bastante felices como para no mirar más allá. Pero con los años, algo se desdibujó.

Samuel no sabría decir cuándo empezó exactamente. Tal vez fue tras el segundo embarazo. O cuando ella empezó a faltar a las cenas familiares con excusas de trabajo. O cuando ya no recordaban la última vez que se habían buscado sin rutina. Lo cierto es que Nuria

se fue alejando sin despedirse, como si la vida en común fuera una estación en la que ya no le interesaba demasiado hacer parada.

Ahora, ella era otra. Ocupada, ausente, sonriente solo cuando hablaba de la escuela donde enseñaba Lengua y Literatura. Le brillaban los ojos al contar las anécdotas con sus alumnos. A veces mencionaba a un colega, Jordi, con naturalidad. Samuel no preguntaba. Sospechaba, sí, pero no con celos, sino con una tristeza resignada. Lo peor no era la duda de una infidelidad leve o emocional. Lo peor era que no le importaba. Ya no.

Él había luchado durante años por recuperar lo que fueron. Intentó motivarla, hacerla reír, planear viajes que ella siempre cancelaba a última hora. Se esforzó en las conversaciones, en los detalles, en no rendirse. Pero luchar solo cansa más. Y al final, bajó los brazos.

Ahora su mundo giraba en torno a otras cosas: el trabajo, exigente y absorbente; sus hijos, que le devolvían el sentido cuando lo perdía; y una tesis doctoral, que arrastraba como una promesa no cumplida, sobre Derecho internacional y ética corporativa. Escribía a ratos, más por orgullo que por necesidad.

En el despacho era respetado. Tenía fama de resolver lo complicado con calma, de no levantar la voz, de pensar antes de hablar. A sus 48 años, aún parecía más joven. Alto, moreno, delgado, con ojos que escuchaban más que hablaban y una manera de estar que no exigía espacio, pero lo llenaba.

No buscaba nada. Ni aventuras ni emociones nuevas. Pero sí anhelaba algo que no se atrevía a nombrar, la sensación de estar vivo. De que algo volviera a latir.

Cuando le asignaron el caso de la adquisición portuguesa y leyó en los documentos internos el nombre de Clara Mas, se detuvo un segundo. Era un nombre común, sí, pero él la recordaba

perfectamente. Habían trabajado juntos hacía años, en otro contexto, en otra empresa. Nunca ocurrió nada. Pero ella le había gustado de una forma serena y callada.

No era deseo lo que sintió al leer su nombre. Era otra cosa. Un movimiento interior leve, como cuando una puerta se entreabre con la brisa. No lo comentó con nadie. Tampoco lo pensó más. Pero cuando subió al avión rumbo a Lisboa, por primera vez en mucho tiempo, no pensó en Nuria. No pensó en casa. Solo pensó en llegar.

# Capítulo 4

Los viernes, Samuel recogía a Ivet del colegio y pasaban juntos la tarde. Era un acuerdo no escrito, una costumbre que había nacido cuando ella tenía tres años y lloraba si no lo veía en la puerta. Ahora tenía ocho, leía sola, cuestionaba todo y ya no lo abrazaba en público. Pero seguía esperándolo en el mismo rincón del patio, con la mochila colgando del hombro y las mejillas rosadas.

Ese viernes, como tantos otros, fueron a merendar al bar de la esquina. Ivet pidió su bocadillo de atún con olivas; él, su café largo y sin azúcar. Martí no iba, ya tenía edad de quedar con amigos o encerrarse en su habitación, como si la adolescencia se le hubiera adelantado unos meses.

—Papá, ¿puedo pedir un cruasán de chocolate, por favor? —preguntó ella, con los ojos chispeantes.

—Puedes —dijo él, sin discutir.

Hacía tiempo que Samuel había dejado de corregir cosas pequeñas. Con el tiempo, entendió que criar no era moldear a los hijos, sino más bien acompañarlos para que no se rompan al caerse. Y ellos caerían, claro. Como él. Como todos.

—¿Y tú cuándo te vas a Lisboa? —preguntó Ivet, con la boca llena.

—El lunes, a primera hora.

—¿Y qué haces allí?

—Trabajo.

—Pero ¿qué haces de verdad? Porque mamá dice que los abogados estáis todo el día leyendo cosas aburridas.

Samuel sonrió.

—Intento que la gente no se mate por dinero. O que, al menos, lo hagan legalmente.

La niña se rio.

Cuando regresaron a casa, Ivet se sentó a hacer deberes, y él se quedó mirándola desde la cocina. Había algo en su concentración, en su manera de fruncir el ceño, que le recordaba a sí mismo de niño. Quizá por eso sentía una lealtad feroz hacia sus hijos, porque eran su reflejo más cierto. Y porque a través de ellos, aún podía creer que algo estaba bien hecho.

El lunes, todavía a oscuras de tan pronto que era, cerró la maleta sin prisa. Metió la carpeta del caso, el portátil, un libro a medio leer y su cuaderno con notas de tesis. Nuria le deseó buen viaje y volvió a la cama. Era demasiado temprano. Los niños dormían.

Cuando salió al portal, se dio cuenta de que no sentía culpa ni prisa por volver.

Solo un extraño estado de pausa. Como si la vida, por fin, le diera permiso para detenerse.

# Capítulo 5

El avión aterrizó en Lisboa a las 9.12 de la mañana, entre nubes finas y una luz suave que parecía tamizada por la nostalgia. Desde la ventanilla, Clara vio los tejados rojos, las fachadas desconchadas, el Tajo extendiéndose como una herida serena al fondo. Le pareció una ciudad suspendida en el tiempo, como si esperara a que alguien la recordara.

Recogió su bolso de mano y descendió del avión con paso tranquilo, envuelta en esa bruma de cansancio templado que dejan los madrugones. La terminal olía a café amargo y desinfectante. A su alrededor, turistas despistados, hombres de traje hablando por teléfono, parejas abrazadas en la cinta de equipajes. Ella, en cambio, avanzaba sola. Y no se sentía del todo mal por ello.

Mientras esperaba su maleta, le vino un recuerdo difuso de otro aeropuerto, de otro viaje. París, aunque entonces con amigas, cuando tenía poco más de veinte años y la vida era un cuaderno en blanco. Rieron hasta tarde en un hostal de Montmartre, cenaron crepes saladas y dulces, bailaron con desconocidos sin miedo al día siguiente. Aquel verano fue el último antes de la vida adulta, antes del trabajo, de las niñas, del amor que la partió en dos un lunes cualquiera.

Cuando la maleta apareció, Clara la tomó sin esfuerzo. Vestía

pantalón ancho, blusa blanca y una chaqueta ligera. Iba sin maquillaje, con el pelo recogido de forma práctica, pero su andar tenía algo distinto. No era seguridad. Era una especie de alivio. Como si al salir de Barcelona hubiera dejado atrás el peso invisible que llevaba sobre los hombros desde hacía años.

Pidió un taxi y subió con soltura, en un portugués sencillo que aprendió escuchando música de su madre, dio la dirección del hotel —uno con mucho encanto en una callejuela de estrecho suelo empedrado, algo común en aquel bello país. Un lugar bonito, con *racholas*[1] en la entrada y balcones pintados de geranio—. El tipo de lugar que una mujer escoge cuando aún quiere sentir que tiene gusto. No elegancia de catálogo, sino bienestar con historia.

Mientras el coche avanzaba por la ciudad, Clara se asomó a la ventanilla. Lisboa era hermosa en su cálida sencillez. Ropa tendida en los balcones, tranvías amarillos que subían colinas imposibles, fachadas donde la pintura se caía con dignidad. Había magia allí, y también una cierta melancolía que le resultaba familiar. Como si la ciudad le dijera: «Estás a salvo, aunque no lo sepas».

Y entonces, sin que nadie lo viera, sintió algo parecido a la ilusión. No por el proyecto ni por la agenda de reuniones, sino por estar allí. Lejos. Útil. Libre.

La culpa llegó apenas segundos después.

Pensó en sus hijas, en los mensajes de WhatsApp que les envió antes de despegar, en si habrían desayunado algo decente, en si Blanca habría recordado el libro de lengua. Pensó en David, que la había abrazado con su habitual frialdad al salir. Y se sintió egoísta por estar contenta. Por estar lejos. Por no echarlos de menos como creía que debía.

Pero era una culpa ligera, como una bufanda que se echa al bolso. Sabía que estaba allí, pero no le impediría respirar.

El taxi se detuvo frente al hotel. El conductor bajó la maleta con cuidado. Clara agradeció y entró. La recepción era pequeña, con suelo hidráulico, lámparas de hierro y un jarrón de flores frescas sobre la mesa de madera. Le confirmaron la reserva.

—Su compañero llegó esta mañana temprano. Está en la habitación 213. Usted tiene la 215 —dijo la recepcionista, sin levantar la vista.

Clara asintió.

Samuel. Él también estaba allí, a pocos pasos, respirando el mismo aire húmedo y dulce. Sintió un cosquilleo leve, no de nervios, sino de expectativa contenida. No iba a buscarlo, pero ahora sabía que no estaba sola.

Subió en el ascensor con su maleta y su carpeta de trabajo. Y cuando entró a la habitación, sin deshacer aún nada, se sentó en la cama, abrió la ventana y dejó que Lisboa entrara en su pecho.

Por primera vez en mucho tiempo, no pensó en lo que debía hacer, sino en lo que deseaba.

# Capítulo 6

Lisboa brillaba con una luz líquida, dorada, sin estridencias. A Clara le sorprendió cómo la mañana se le había ido entre correos, notas y llamadas cruzadas con el equipo de Barcelona. A las doce en punto, cerró el portátil, se puso una chaqueta fina y bajó a la calle sin prisa, con la intención de almorzar fuera.

Tenía tiempo. La primera reunión oficial con la empresa portuguesa sería al día siguiente. La de esa tarde —a las 16.00— sería con Samuel, para repasar los puntos clave y coordinar el enfoque legal conjunto. Lo justo, lo técnico. Nada que no supiera manejar.

Pero Lisboa no quería entender de horarios.

La ciudad se abría ante ella como un telón despacio. Cuestas desafiantes para cualquier tacón, fachadas cubiertas de azulejos azules, sábanas tendidas en los balcones antiguos. Caminó por una colorida callejuela de Alfama, bajó sin mirar el mapa, dejó que sus pies eligieran. Se sentía liviana, con esa libertad que llega cuando uno se aleja de lo propio sin expectativas. Por un instante, se permitió no pensar en casa, ni en los deberes de las niñas ni en David y sus silencios.

Y entonces lo vio.

Samuel estaba en la acera opuesta, frente a una pequeña

papelería que parecía cerrada. Llevaba la chaqueta colgada del brazo, el pelo revuelto por el viento suave y ese gesto suyo de concentración tranquila que a ella le producía una paz rara. No parecía verla. Clara dudó un instante antes de acercarse.

—¿Buscas algo o solo paseas? —dijo, sonriendo.

Samuel levantó la vista. La sorpresa fue breve, enseguida sustituida por una sonrisa sincera.

—Bolígrafos —respondió—. Olvidé los míos y no soporto los del hotel.

—Oh, entiendo, pero está cerrado —dijo Clara señalando la tienda—, tendrás que esperar.

—¿Qué hay de ti? ¿Saliste a pasear?

—Salía a comer algo. Quiero ver si esta ciudad también sabe cocinar.

Samuel rio con suavidad.

—Hay muchos pequeños restaurantes en estas calles. —Él conocía levemente la zona, no era la primera vez que por trabajo visitaba la ciudad.

—¿Has comido algo? ¿Quieres que lo hagamos juntos? —Clara no sabía cómo, pero aquellas palabras salieron de su boca sin pensar. Deseaba almorzar con él, seguir hablando, pero no entendía su osadía, impropia de sus habituales modales.

—Me gusta la idea, estoy hambriento y tengo hasta las cuatro para resolver mi tarea de encontrar unos bolígrafos decentes.

—Vamos, pues — dijo ella. Iniciaron la marcha mientras se sonreían con la mirada.

El restaurante estaba en una esquina escondida, con pocas mesas, manteles blancos y una terraza bajo árboles cargados de flores. No dijeron mucho al principio. Lisboa hablaba por ellos. Los colores, el aire templado, los sonidos de platos; los camareros, que

hablaban en portugués; las campanas a lo lejos.

Conversaron del trabajo, sí. Del cronograma, de las cláusulas delicadas, del tono que debían usar en la primera reunión. Pero en medio de esas frases profesionales, se colaban otras cosas. No intenciones, aún, pero sí pausas. Miradas que duraban un poco más. Sonrisas que aparecían sin deber. Un lenguaje nuevo, sutil, entre líneas.

—¿Te gusta esta ciudad? —preguntó Samuel.

—Mucho. Me da la sensación de que no juzga.

—Yo diría que Lisboa espera a quien la quiera mirar.

Ella lo observó, entonces, no con sorpresa, sino con algo parecido al reconocimiento. Como si él hubiese puesto en palabras algo que ella llevaba rato sintiendo.

Después del café, caminaron sin necesidad de decidirlo. Subieron por calles, vieron escaparates antiguos, intercambiaron anécdotas de sus hijos, bromas sobre abogados, referencias literarias. Todo con la naturalidad de quien se siente, sin saber por qué, cómodo.

A las tres y media estaban de vuelta en el hotel. Subieron juntos, con las carpetas y los portátiles bajo el brazo, a la pequeña sala de reuniones que habían reservado. Trabajaron. De verdad. Revisaron documentos, apuntaron dudas, afinaron argumentos. Pero la tarde tenía otra textura.

Era Lisboa, sí. Era el caso. Era el cansancio suave del día. Pero también era el otro. La forma en que se miraban sin buscarlo. La sensación de estar justo donde no esperaban estar.

Cuando terminaron, Clara cerró su carpeta despacio.

—Creo que estamos listos.

Samuel asintió:

—Sí. Y, por si acaso, ya tengo bolígrafos.

Ambos rieron.

Y mientras recogían, mientras salían al pasillo y cada uno regresaba a su habitación, algo —pequeño, callado, inevitable— ya había empezado.

No era simple atracción.

Ni amor.

Era algo más leve y más profundo, la certeza de que el otro era, sin saberlo, una casa abierta.

# Capítulo 7

Esa noche, Clara cenó en la habitación. No tenía hambre, pero pidió una sopa de verduras y pan caliente. No encendió la televisión. Dejó que el silencio se hiciera dueño del espacio, como si necesitara que Lisboa la abrazara sin palabras.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, el pelo aún húmedo de la ducha, una libreta sobre el regazo, donde había empezado a anotar ideas para la reunión del día siguiente. Pero no escribía.

Pensaba en él.

No con deseo, pero sí con una extrañeza luminosa.

La conversación en la comida, las risas breves, los silencios cómodos, las miradas que no esquivaban nada. Samuel tenía algo difícil de nombrar: presencia sin presión, calidez sin pretensión. No se notaba que quisiera gustar. Y por eso gustaba.

Cerró la libreta. Apoyó la cabeza en el cabecero. Y entonces, como tantas veces, pensó en sus hijas.

Blanca y Alba.

La elección de esos nombres no fue azarosa. Fue un homenaje íntimo, casi secreto, a la novela que más la había marcado de joven: *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende. Quería que sus hijas, como ella, llevaran el nombre de las mujeres del Valle. Clara, Blanca,

Alba. Mujeres con raíz, con historia, con luz propia.

Y, sin embargo, ella misma había olvidado la suya.

Se había ido apagando poco a poco, sin darse cuenta. Había dejado de leer, de pintar, de preguntarse qué la hacía feliz. Se convirtió en madre, en esposa; en empleada valiosa, sí, pero también en alguien que dejaba de nombrarse a sí misma.

Ahora, en Lisboa, algo volvía a latir.

Era tenue. Era temprano. Pero era.

Se acostó tarde. Tardísimo para una noche de trabajo. Pero no apagó la luz de inmediato. Se quedó mirando el techo, sintiendo el corazón tranquilo y alerta a la vez. Y en voz muy baja, como quien no quiere romper el aire, susurró para sí:

—No se trata de él. Se trata de mí.

Y esa frase la hizo dormir en paz.

En la habitación contigua, Samuel también estaba despierto. No trabajaba. El portátil seguía cerrado sobre el escritorio y el dosier de la reunión del día siguiente yacía intacto sobre la mesa baja.

Se había servido un whisky del minibar, uno solo, y estaba sentado junto a la ventana abierta, mirando los tejados en penumbra. Lisboa tenía una calma distinta de noche. Como si contuviera las historias de quienes pasaron por sus calles sin ser vistos.

Pensó en ella.

En Clara.

La recordaba de años atrás, sí, pero no como ahora. Hoy la había mirado de verdad. Escuchado con atención. Había algo en ella que le tocaba un lugar que él mismo tenía olvidado, una forma de estar en el mundo sin arrogancia, sin ruido, sin querer demostrar nada.

Le pareció una mujer honesta. Y también una mujer herida, aunque no sabría decir por qué. Tal vez por la forma en que bajaba la vista justo después de reír. O por cómo se tocaba el anillo del dedo sin pensar.

No pensaba en Clara como una escapatoria. Era otra cosa. Como si ella le recordara quién fue él antes del desgaste, antes de los silencios con Nuria, antes de los días calcados.

Se acostó sin terminar la copa. Y justo antes de cerrar los ojos, pensó en sus hijos. Martí, con su mundo interior ya amurallado; e Ivet, que aún le preguntaba cosas con voz de niña.

Él sabía que no se marcharía de su vida por otra persona.

Pero por primera vez en años, se permitió pensar qué pasaría si alguien le ofreciera volver a mirarse con ternura.

Y se durmió sin sueños, pero con un pensamiento suave que no lo dejaría en paz.

# Capítulo 8

La mañana amaneció templada en Lisboa. El cielo estaba limpio, como si la ciudad hubiese querido regalarles un día sin peso.

Clara bajó a desayunar algo más tarde de lo habitual. Había dormido mejor de lo esperado. En parte por el cansancio, en parte por esa calma extraña que le provocaba el hotel, la ciudad, el momento.

Al llegar al pequeño comedor, lo vio. Samuel estaba solo en una mesa junto a la ventana, con una taza de café en la mano y un cuaderno abierto donde parecía anotar algo. Ella se detuvo apenas un segundo antes de avanzar. Él levantó la vista y sonrió, sin sorpresa.

—Buenos días.

—Buenos días, Samuel. ¿Estás trabajando?

—Escribiendo. A veces necesito poner ideas en papel antes de hablarlas. Siéntate si quieres.

Clara se ubicó frente a él con una naturalidad impropia de ella. Había entre ellos una complicidad nueva, forjada sin apuro.

—¿Dormiste bien? —preguntó él, mientras le ofrecía el azucarero.

—Sí —respondió ella, mientras se servía—. Extrañamente bien.

Samuel la miró unos segundos. Luego asintió, como si

entendiera.

Desayunaron sin prisas. Conversaron de los detalles logísticos, del orden de intervención en la reunión, de cómo presentar los temas legales con firmeza pero sin arrogancia. Entre sorbo y sorbo, la conversación se abría como una flor discreta; hablaban de trabajo, sí, pero cada frase contenía algo más. Como si detrás de las palabras importantes se escondieran otras que no se atrevían aún a decir.

El taxi hacia la sede de la empresa portuguesa los recogió a las 9.45.

Durante el trayecto, ambos miraban por la ventanilla. Lisboa pasaba lenta, plazas pequeñas, tranvías que resoplaban, niños con mochilas en los hombros, calles que olían a café y a piedra antigua.

—¿Estás preparada? —preguntó él, aún sin mirarla.

—Sí —respondió Clara—. Totalmente, sí.

—Me alegro. Ayer hicimos un gran trabajo.

Ella volvió el rostro. Sus ojos se encontraron, brevemente. No había coqueteo. Solo respeto. Y algo que no tenía aún nombre.

Clara asintió.

Un segundo después, ambos volvieron la vista al cristal. Y fue entonces cuando ella pensó que, si la vida no fuera tan precisa en sus estructuras, habría sido fácil enamorarse de alguien así.

Pero no dijo nada. Ni él tampoco.

Cuando llegaron a la sede, ambos se colocaron sus acreditaciones. La recepcionista los recibió con profesionalidad. Subieron a la planta de reuniones.

Y al entrar juntos en la sala de cristal, ya no eran dos colegas con funciones compartidas, sino algo más. Algo incipiente, secreto, irreconocible incluso para ellos.

La ciudad los miraba desde fuera.

Lisboa sabía.
Y no decía nada.

# Capítulo 9

La sala de reuniones estaba acristalada por tres lados, con vistas a un patio interior donde florecía una buganvilla desordenada. El mobiliario era sobrio, de líneas limpias, todo en maderas claras y acero. La luz dorada de las once de la mañana atravesaba los cristales dando un matiz cálido que invitaba a la calma.

Samuel llegó primero. Saludó con cortesía, estrechó manos, colocó su carpeta con calma sobre la mesa y se acomodó sin prisa. No era un hombre que llenara los espacios con palabras. Sabía que la presencia también se construye con silencio.

Clara entró tres minutos después, con el portátil en la mano y una blusa azul cielo que le hacía resaltar el tono verde de los ojos. Saludó con suavidad, una sonrisa breve pero sincera, y ocupó el asiento junto a Samuel. Se notaba que había preparado a conciencia ese momento.

—*Bom dia* —dijo con un acento correcto, y uno de los directivos portugueses asintió, complacido.

La reunión comenzó sin ceremonia: presentación general, repaso del proceso de integración, aspectos técnicos y financieros. Clara tomó la palabra con voz serena, clara, sin rigidez.

No era contundente —no lo necesitaba—. Su modo de hablar era preciso, atento, sin imposición. Explicaba con delicadeza, como

quien enseña sin corregir. Samuel la observaba con la cabeza ligeramente ladeada, consciente de que su manera de estar tenía algo inusual, una inteligencia sin vanidad.

Cuando uno de los ejecutivos planteó una cláusula ambigua, Clara abrió el portátil, buscó el documento y se lo ofreció con una sonrisa que no pretendía agradar, solo acompañar.

—Aquí, en la página dieciséis, está formulado de forma más clara en la versión en castellano. Si queréis, podemos revisar juntos la redacción para evitar cualquier malentendido.

Su tono era dulce, casi maternal, pero en el fondo era firme. No había duda de que conocía el terreno que pisaba.

Samuel intervino después, con ese modo suyo de hilar argumentos sin necesidad de subir el tono. No hablaban mucho entre ellos, pero cuando lo hacían, se complementaban sin esfuerzo.

—Clara tiene razón —dijo en un momento dado—. Si respetamos la estructura que ella propone, evitamos contradicciones con el marco jurídico portugués.

Ella le dirigió una breve mirada. No era una sonrisa, pero sus ojos le agradecían.

Hubo momentos de tensión, sí. Algunas diferencias en la interpretación de términos. Pero nada que no se resolviera con la calma meticulosa de ambos. Clara anotaba detalles en un cuaderno con letra redonda y cuidada. Samuel la miraba a veces de reojo, sin que ella lo notara.

Al terminar, uno de los ejecutivos dijo:

—He trabajado con muchos equipos. Pocas veces se ve una coordinación así. Felicidades.

Clara bajó ligeramente la vista, con una timidez que no era inseguridad, era pudor. Samuel respondió con una inclinación leve de cabeza, sin palabras.

Al salir de la sala, ya en el pasillo, ella soltó el aire que llevaba contenido.

—Bueno —susurró—. Sobrevivimos.

—Lo hiciste muy bien —dijo él.

—Tú también.

Se quedaron un segundo en silencio. Luego caminaron hacia el ascensor. No se rozaron. No se miraron. Pero algo en sus pasos, en el ritmo compartido, decía que ese día no se les olvidaría.

La tarde les pertenecía.

La ciudad los esperaba.

Y la música, aún lejana, ya empezaba a sonar.

# Capítulo 10

Clara encendió el móvil al llegar a su habitación. Se quitó los zapatos, dejó la carpeta en el escritorio y se sentó sobre la cama, con las piernas cruzadas en posición de loto, como cuando era niña. Era pronto aún, la noche portuguesa empezaba tarde, y tenía una necesidad simple: saber que todo en casa estaba en su sitio.

Marcó primero el número de David. Respondió rápido, como siempre.

—¿Cómo ha ido? —preguntó él, tono amable, cansado.

—Bien. Mucho trabajo, pero bien.

—¿Y la reunión?

—Buena. Samuel y yo nos entendemos trabajando. Es todo muy fluido.

No hubo preguntas. Ni celos ni entusiasmo. Solo la respuesta práctica.

—Me alegro. Aquí las niñas están estudiando. Blanca tiene examen de Historia y Alba, de Inglés. Lo llevan bien. Todo controlado.

—Gracias —dijo ella—. De verdad.

—¿Estás bien?

—Sí. En serio.

—¿Cansada? —preguntó David al notar un halo difuso en la voz

de su esposa.

—Mucho, he pasado nervios, pero siento que vamos por el camino correcto.

—Te quiero, Clara, ¿lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé, y yo a ti.

—¡Cuídate y no te preocupes, aquí está todo controlado!

—Un beso, David.

—Un beso, amor.

Y colgaron.

Marcó después el móvil de su hija mayor. Blanca respondió al segundo timbre.

—Mamá, ¿ya has comido?

—Hace horas. ¿Y tú?

—Papá pidió sushi. Hemos estado estudiando, tenemos exámenes, y bueno, ya sabes, un rollo. Ahora íbamos a ver una peli juntas.

—¿Y los deberes?

—Hechos. Bueno... casi.

—Confío en ti —dijo Clara, sonriendo—. ¿Qué película vais a ver?

—No sé, la ha escogido Alba, creo que es un *remake* de tu época, algo aburrido y romántico, seguro. —Ambas soltaron una carcajada al unísono.

—Mi amor, os quiero tanto, sois mi vida entera las dos. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé, mamá. Te echo de menos, pero no lo digas —añadió Blanca, medio en broma.

—Yo también a ti, pero tampoco lo digas.

Rieron. Se despidieron con la ternura que Clara había impregnado en sus hijas desde que estaban en su vientre. Ser madre era sin duda su mayor logro. Su mejor rol. Su orgullo como

mujer y persona. Adoraba a sus hijas por encima de todo. Ambas, saliendo de la niñez, empezaban —sobre todo Blanca, la mayor— a refugiarse en sus mundos particulares y Clara lo respetaba, sabía que tarde o temprano volverían, y mientras, ella esperaría, marcándoles el paso para que no se perdieran, aconsejándolas, con los brazos abiertos para ellas, sin presión, sin invasión, con amor.

Por último, marcó el número que más, sin saberlo, necesitaba.

Olivia.

Su amiga de siempre. Psicóloga, mística, un poco lunática. Creía en energías, en las señales, en que nada pasa por azar. Clara la adoraba por eso, porque la sabía libre, sin juicios. Porque le había salvado los pensamientos más de una vez.

—¡Mi ejecutiva agresiva favorita! —dijo Olivia al contestar, sin saludar siquiera.

Clara rio.

—No soy ejecutiva, Oli, y menos, agresiva. —Rieron juntas.

—¿Cómo estás, petarda? —Olivia amaba a su amiga y realmente necesitaba saber que estaba bien. En todos aquellos años de amistad, Clara se había escapado a Madrid, como mucho una noche, haría unos tres años; pero cuatro días en otro país, por muy cerca que Portugal estuviera, con un desconocido, para negociar algo tan importante, podría resultarle estresante a cualquiera.

—Todo va bien.

—Eso ya lo sé. Pero hay algo más.

—¿El qué?

—Esa luz en tu voz.

Clara calló un segundo. Era tan típico de Olivia. Pero era verdad, ella se notaba distinta. Más liviana. Más ella.

—Solo estoy trabajando —dijo.

—Trabajando con el alma, se nota —replicó Olivia—. No te

preguntaré nada. Solo te diré una cosa: a veces la vida te pone delante un espejo distinto. Y no es para que te mires... es para que te reconozcas.

Clara tragó saliva. Se tumbó boca arriba sobre la cama, mirando el techo.

—Estoy bien, Oli. Mejor de lo que esperaba. Solo eso.

—Me basta. Te quiero así, feliz, aunque no sepas por qué.

—Yo también te quiero. Y... gracias.

Clara colgó y miró el teléfono con cariño, pensando en Olivia. Miró la hora. Llegó el momento de descansar un poco antes de empezar a arreglarse para la cena.

Bajaron a las nueve. La sala estaba más iluminada que la noche anterior. La terraza, decorada con farolillos; los camareros, más atentos; y la música, sonando muy suave desde un rincón del patio.

Samuel ya estaba allí cuando ella llegó. Ropa informal, pantalón beis, camisa blanca remangada, ese perfume discreto pero delicioso que Clara ya había notado antes y que ahora, sin saber por qué, le resultaba íntimo. Como si ese olor expresara más que las palabras.

—No sabía que hoy había evento —dijo él en cuanto la vio.

—Yo tampoco. Y desde luego no voy con el atuendo apropiado para la ocasión, mira qué elegantes y arreglados van los otros huéspedes —comentó Clara, echando un vistazo rápido a todo su alrededor.

—Estás perfecta.

Ella bajó la mirada y él no pudo ver la sonrisa pícara que a Clara se le escapó al oírlo.

Eligieron una cena ligera. Compartieron algo de pescado, pan, vino blanco frío. Hablaron. Las conversaciones de trabajo ya no eran necesarias. Y las otras... aún no estaban listas, así que optaron por recordar viejos tiempos, la época en la que se conocieron, aquel

bufete donde él trabajaba entonces, el dueño excéntrico que todos imitaban en voz baja. Rieron. Mucho. De forma sincera, sin contenerse. Había entre ellos una fluidez que no era nueva, pero que ya se revelaba más nítida. Conversaban como si siempre hubieran sabido hablarse así, como si su humor compartido fuera una lengua secreta que solo necesitaba tiempo para reaparecer. Fluían en una banal conversación de sobremesa con la misma magia que lo hacían en las negociaciones.

Eran un equipo.

Y todavía no sabían hasta qué punto.

A su alrededor, el hotel se animaba, la terraza se fue llenando, los vestidos eran más brillantes; las voces, más alegres. Un cartel anunciaba algo que no habían visto: *«Festival especial do outono – Música e dança no pátio a partir das 22.30».*

Una pequeña fiesta, cortesía del hotel. Música en vivo. Baile.

—¿Subimos antes de que esto se convierta en boda de desconocidos? —propuso Samuel.

—Buena idea. Aunque la música... suena bien.

—Subamos. Desde la habitación seguro se escucha mejor.

Lo dijeron como algo casual. Como quien no quiere quedarse, pero tampoco irse del todo.

Clara sintió una ligera desilusión, hubiera pasado la noche hablando, riendo, bebiendo vino. Fumando con él. Pero no era apropiado, estaba lejos de casa, con un hombre que no era el suyo, en un país que no era el suyo.

Subieron en silencio. Como si la magia se hubiera enmudecido dando lugar a la habitual prudencia al abandonar la mesa. Habitaciones contiguas. Ascensor, un pasillo en silencio.

Clara abrió su puerta y se descalzó. Tomó asiento en su cama.

La música seguía sonando. *It's Now or Never*, de Elvis, en la voz

de un portugués de agradables graves.

Y entonces —sin pensarlo demasiado, como empujada por aquella melodía que tanto decía— cogió una hoja que aún tenía de la reunión, salió al pasillo y llamó con los nudillos en la puerta 213.

Samuel abrió. Camisa desabotonada en la parte superior. Descalzo. El mismo perfume.

—¿Te interrumpo?

—Para nada.

Ella levantó la hoja.

—Tenías razón sobre esta cláusula —entró agitando la hoja, sin ser invitada—, pero vengo por otra cosa.

—¿Sí?

—Vengo porque... esa canción que está sonando...

—¿Quieres bailarla?

Ella asintió.

Él dejó el papel en la mesa.

Y la habitación se llenó de algo más que música.

# Capítulo 11

El cuarto olía a madera encerada y al perfume de Samuel, ahora entremezclado con el dulzor del de origen árabe que usaba Clara.

La música llegaba desde el patio del hotel, tamizada por las cortinas entreabiertas. «Tomorrow will be too late», la letra de Elvis en una poderosa voz de acento portugués pretendía empujarla a hacer locuras. Quizá fue el vino. Quizá Lisboa. No se reconocía. Había ido en busca de Samuel, como una chiquilla. Como nunca antes.

Y allí estaba, emanando la esencia que creía perdida. Respirando agitadamente mientras ese hombre alto, guapo a rabiar, de ojos profundos y barba de dos días se le acercaba sin palabras.

Clara seguía de pie, inmóvil y sorprendida de su comportamiento. Sintió que algo aún vivo despertaba dentro. De manera involuntaria, se mordió el labio inferior como sofocando una emoción que se le escapaba entre los dedos. Aquel hombre definitivamente le gustaba.

Samuel se acercó en silencio. La tenue luz que dibujaba la habitación los mostró reales, vulnerables, nerviosos. Él extendió una mano. Ella dudó medio segundo de sí misma, luego la aceptó. No era una invitación formal. Era algo más íntimo, un gesto casi personal. Dos personas que se reconocen en un acto que no saben

cuándo empezó.

Bailaron en silencio.

Lentos.

Sin técnica.

Sin máscaras.

Clara apoyó una mano en su hombro. Lo notó fuerte, definido. Samuel quemaba su estrés a base de natación y ejercicios de fuerza, y había, sin proponérselo demasiado, forjado un cuerpo atlético, esbelto, atractivo. Él la rodeó sutilmente por la cintura. Clara se estremeció al sentirlo tan cerca. Un pensamiento intruso amenazó con arruinar el momento: «Mi cintura no está a la altura de su cuerpo esbelto», se dijo. Pero decidió dejar atrás las inseguridades y entregarse a la magia de aquel instante.

Entrelazaron sus manos. Clara advirtió la caricia de sus dedos índices. Un suave tintineo le acarició el alma.

Cerró los ojos. No quería pensar. No quería analizar.

Samuel no dijo nada. Solo respiraba cerca de ella, acompasado.

Y, sin embargo, cada aliento contenía una decisión.

La canción siguió. Afuera, alguien reía. Muy lejos.

Y entonces Clara murmuró, casi sin aire, recobrando la cordura momentáneamente extraviada:

—Esto... esto no está bien.

Samuel no se apartó. Solo bajó un poco la mirada y respondió, con voz tranquila y cierta melancolía en los labios:

—Lo sé —susurró.

Y la abrazó con más fuerza, como si en ese gesto quisiera decirle, sin palabras, que por una vez —solo una— se permitieran dejarse llevar.

Sin culpa.

Sin miedo.

Sus palabras la envolvieron, no como un permiso, sino como una rendija de verdad que dolía y liberaba al mismo tiempo.

Se detuvieron.

Él rozó su mejilla con el dorso de sus dedos.

Un estremecimiento.

Piel con piel.

Nada más.

Los rostros se acercaron. Muy cerca. A un suspiro de besarse.

Pero no lo hicieron.

Ambos se detuvieron al mismo tiempo, como si algo —educación, fidelidad, miedo o respeto— les tirara suavemente del alma y los devolviera a la orilla.

Clara bajó la mirada. Él le apartó un mechón del rostro.

—Buenas noches —dijo ella, con una dulzura que dolía.

—*Boa noite* —respondió él, sin moverse.

Y ella salió. Despacio. Casi de puntillas.

En el pasillo, aún se escuchaba la música.

Pero ahora era otra canción.

Una puerta entreabierta que aún no habían cruzado.

Pero que ya no podían fingir que no existía.

# Capítulo 12

Samuel cerró la puerta despacio, como si temiera que el ruido pudiera deshacer algo sagrado. La habitación estaba en penumbra; la música, aún colándose desde el patio como un eco lejano de lo que casi ocurrió.

Se quedó un momento de pie, sin moverse.

Aún la sentía.

En las manos. En el pecho. En la respiración.

Clara.

No era la primera vez que cruzaba una línea, lo sabía. Dos veces, en los últimos años, había mantenido relaciones fuera de su matrimonio. Breves. Cuerpos que se buscaron por necesidad, sin ternura, sin huella. Después volvía a casa, se ponía la camisa de padre, de marido discreto, y el mundo seguía girando.

Nuria también lo sabía. O lo intuía.

En su matrimonio había un pacto no hablado, dormían en la misma cama, criaban a los mismos hijos, reían en los cumpleaños, pero cada uno tenía un mundo privado, un rincón de silencio que el otro ya no tocaba.

Lo que le desconcertaba ahora no era la posibilidad de un engaño, ni siquiera el deseo.

Era la herida que Clara le había abierto sin querer.

No era solo una atracción.

Era lo que ella provocaba en él cuando no hacía nada.

Cuando lo miraba sin juicio.

Cuando se reía con los ojos.

Cuando le decía «gracias» como si nadie se lo hubiera dicho antes con esa dulzura.

Caminó hasta la ventana. Abajo, el patio ya se iba vaciando. La música moría poco a poco.

Se frotó la cara con las dos manos, intentando sacudirse esa sensación de vértigo.

Y entonces, sin buscarlo, volvió a verla.

A la Clara de antes.

Aquella chica rubia, brillante, que anotaba cosas en libretas y le ofrecía café en una oficina vacía.

Samuel no solía recordar con detalle. La memoria, para él, era una línea limpia: fechas, datos, decisiones. Pero esa noche volvieron escenas antiguas, olvidadas: una oficina al anochecer, una taza de café en el borde de una mesa, una voz.

Clara. Años atrás. Otra empresa. Otro tiempo.

Él había sido asignado como asesor externo en un caso de litigio comercial. Nada especialmente brillante. Reuniones tensas, documentos eternos, cláusulas que se debatían sin pasión. Ella era parte del equipo legal. Tenía entonces poco más de treinta, o quizá ni eso. Rubia, con el cabello más largo, ojos verdes enormes, y una forma de hablar que era como un café tibio, suave, con verdad.

No era alta ni llevaba ropa llamativa. Pero había algo en ella que se quedaba. Tal vez su risa, que escapaba en momentos inesperados. O esa costumbre de anotar todo en cuadernos de tapas blandas, con letra redonda y minúscula. No imponía respeto, lo despertaba con su actitud.

Era amable con el personal, se implicaba con un elevado nivel de responsabilidad, no era ambición, era profesionalidad en alguien humano.

Se veían en pasillos, en ascensores, en salas demasiado frías con luces de neón. A veces, cuando el resto del personal se había marchado, coincidían junto a la máquina de café, solos en aquella oficina desierta que parecía un mundo suspendido.

—¿Café? —le ofrecía ella, con una sonrisa casi infantil.

—Gracias. Aunque ya llevo cuatro.

—Cinco y ya es adicción —decía Clara, y ambos reían sin saber por qué.

Las miradas eran tímidas. Sin intención. Pero había algo. Una corriente leve, un entendimiento sin nombre. Ni él ni ella lo sabían entonces, pero esas pequeñas coincidencias, esos silencios, eran las primeras raíces de algo que no brotaría hasta muchos años después.

Él estaba casado.

Ella, por lo que entendía, también.

Ambos, jóvenes. Con todo por vivir.

Un día, en una reunión especialmente tensa, Clara se quedó sola tomando notas mientras todos se iban. Él también se quedó un momento más, revisando su agenda.

—No te lo he dicho —dijo ella, alzando la vista—, me gusta cómo explicas las cosas. Me gusta cómo estructuras sin estridencias la idiosincrasia de la situación. Sin alarmar, sin restar verdad.

—¿Eso es bueno?

—Mucho —respondió, y volvió a escribir sin más.

Esa frase se le quedó grabada, «sin alarmar, sin restar verdad». Ciertamente aquella afirmación sentenciaba su estilo. Lo definía.

La miró, ella había vuelto a su libreta. Él sonrió levemente. Aquella chica le gustaba.

Entonces no pasó nada.

Pero ahora, todo estaba pasando.

Y había empezado allí.

Con aquella muchacha rubia, pizpireta, de risa limpia y voz cálida que, sin saberlo, le había dejado una semilla en el pecho.

Una que ahora florecía.

Se sentó en el borde de la cama, con el alma llena de preguntas.

Apoyó los codos en las rodillas, la frente entre las manos.

No tenía respuestas.

Solo una certeza.

Clara había llegado al lugar exacto donde él ya no sabía que seguía sintiendo.

Y esa noche, en silencio, Samuel no pudo dormir.

# Capítulo 13

A la mañana siguiente, Clara bajó a desayunar a la hora indicada. El taxi los esperaría de nuevo para ir a la empresa portuguesa y no quería hacer esperar por más sueño que llevara encima. No pegó apenas ojo en toda la noche, y el olor de Samuel se le había pegado a la piel.

El ascensor tardaba más de lo habitual, y ella, sin darse cuenta, tocaba una y otra vez el botón como si quisiera evitar lo que intuía estaba a punto de pasar.

Entonces, lo vio.

Samuel.

Ya listo, con camisa azul y corbata burdeos, la chaqueta sobre el brazo.

La saludó con una sonrisa tranquila, medida.

Él era experto en guardar la compostura. Clara, no. Ella sentía que se le notaba todo.

Esperaron en silencio.

Un gesto torpe hizo que sus manos se rozaran, apenas un segundo, al pulsar el botón a la vez.

Ambos se estremecieron.

—Buenos días —dijo él, con voz suave.

—Buenos días —repitió ella, forzando una sonrisa que tembló

por dentro.

Desayunaron juntos. Café. Fruta. Un pastelito típico que ella apenas probó.

«Pastel de nata», le explicó él, con esa voz que la hipnotizaba.

No hablaron de la noche pasada.

No lo mencionaron.

Pero cada gesto era una frase no dicha.

Cada mirada, un recordatorio.

La reunión fue bien. Mejor incluso que el día anterior. Clara estaba algo dispersa al principio, pero Samuel supo sostener el ritmo. En algún momento, cuando ella expuso una cláusula compleja con una claridad brillante, él la miró como si verla explicar fuera una forma de ternura.

La empresa portuguesa quedó encantada.

—Deberíamos celebrarlo —dijo uno de los socios—. Sé que el intercambio de documentación para la *due diligence* será mañana, que les queda un día en nuestra preciosa Ciudad de la Luz, pero estaré fuera por un compromiso; hoy, sin embargo, dispongo de la tarde libre. ¿Les apetecería quedarse a comer?

Aceptaron.

El socio era un hombre afable, de apenas un metro sesenta, prominentes entradas, barrigón. Con los setenta cumplidos y muy cansado de pelear por levantar la empresa, había decidido venderla. Convencer a sus compañeros no fue tarea fácil, aquel negocio había tenido años muy prósperos, y si sabían explotarlo, aún daría mucha riqueza. Pero la vida se acortaba, él lo sabía, y quería vivir el tiempo que le quedara junto a su mujer, hijos y nietos en su casa de campo. Tomó firmemente la decisión hacía ahora un año, momento en el cual inició conversaciones con un empresario interesado en la compra.

Un coche los llevó hasta el corazón del Chiado, a un restaurante elegante, pequeño, de manteles blancos y luz dorada: Belcanto.

La comida fue exquisita. Clara comió muy bien, y bebió mejor. Más vino del habitual, entraba solo: suave, dulzón. Samuel también. Reían. Los halagaban. Había brindis. Complicidad. Y aunque todo era profesional, ambos sabían que algo palpitaba bajo sus pieles. Se sentaron cada uno en un extremo de la mesa, rodeados por los socios y algún directivo que se unió a la comida. El clima, Lisboa, la familia, algo de política mundial, temas clásicos en conversaciones de comidas distendidas pero de empresa. Entre todo, sus miradas se iban cruzando. El mundo bajaba el volumen en esos instantes. El corazón se aceleraba, las mejillas de Clara —quizá el vino, quizá Samuel— se ruborizaban.

Al terminar, el chófer los dejó en la puerta del hotel. Aún era temprano. Tenían la tarde libre.

El alojamiento estaba escondido entre las callejuelas de la Alfama, como si Lisboa se hubiera reservado aquel rincón para los que necesitaban silencio. El Solar do Castelo no era un hotel al uso, era una casa antigua reconvertida con respeto; una residencia de piedra y madera donde el tiempo no se había detenido, pero sí aprendido a ir más lento.

Allí, el bullicio de la ciudad quedaba lejos, como si las murallas del castillo no solo protegieran piedras antiguas, sino también secretos recientes.

Era el lugar perfecto para que dos personas pudieran, sin quererlo, volver a mirarse como si fuera la primera vez.

—Gracias por todo —dijo Samuel al conductor, y luego la contempló a ella con respeto, como si quisiera decir algo más, pero no pudiera.

Subieron en silencio.

Pasillo. Puertas contiguas.

—Ha sido una buena jornada —comentó Clara a modo de amable despedida antes de abrir su puerta.

—Lo ha sido —asintió Samuel con una sonrisa que impregnó de ganas el instante. Clara introdujo la llave, abrió la puerta. Se detuvo. No entró. Se giró sosteniendo el pomo, miró a Samuel. Cerró de un golpe su habitación de nuevo, guardó la llave en el bolso y lentamente se acercó al hombre, quien la observaba adivinando sus movimientos.

Avanzó hacia él. Lenta, decidida. En tres pasos, estaban frente a frente.

Se miraron a los ojos.

Y sin más palabra, se fundieron en un beso.

Brutal. Lento. Largo. Innegociable.

No fue urgente, fue necesario.

Samuel abrió la puerta a tientas. Entraron.

Se miraron un segundo.

Y luego se desvistieron sin prisa, sin timidez.

Samuel besó su cuello con una lentitud consciente, celebrando su blanca y suave piel. Recorrió con la boca y la lengua un sendero invisible, reverente, que descendía por el cuerpo de Clara hasta los rincones más íntimos, como quien conoce un lugar sagrado por primera vez.

Ella lo acariciaba con intensidad, aferrándose a su espalda, tratando de anclarse al presente, como si todo lo demás —la vida, la culpa, el pasado— se hubiera quedado fuera.

Se buscaron sin prisa, con un cuidado que hablaba de deseo, de ganas, de conexión más allá de lo tangible.

Hicieron el amor con una dulzura feroz.

Como si llevaran años esperando este momento sin saberlo.

Como si supieran que ese instante sería una frontera a la tierra prometida.

Desnudos, enredados en la piel del otro, respirando y acariciando aquel territorio recién conquistado, pasaron la tarde entre silencios suaves y caricias sin reloj.

No fue solo deseo. Fue una rendición.

Una forma de habitar el cuerpo del otro para poder volver al suyo propio.

Una forma de decir «yo también me había olvidado de mí».

La música en directo volvía a sonar desde el patio, suave, sin anuncio ni ceremonia. No era noche de fiesta —no oficialmente—, solo una de esas veladas lisboetas en que la belleza parece bastar por sí sola. El sonido se colaba por la ventana como un susurro que acariciaba el aire.

Samuel deslizaba los dedos por la piel de Clara, con delicadeza. Era blanca, pecosa, con un vello rubio finísimo que casi brillaba con la luz tenue de la habitación. La tocaba despacio, como quien lee en voz baja.

Y de pronto, sin aviso, le habló de un recuerdo de su infancia.

No como quien cuenta, sino como quien se acuerda en voz alta.

De los veranos en la casa del mar, de las risas y de aquella sensación invencible de plenitud, cuando se sabía el centro del mundo bajo la mirada amorosa de sus abuelos.

Lo dijo sin dramatismo, con voz serena. Pero ese recuerdo —contado así, desnudo, sin propósito— expresaba mucho más de lo que parecía. Era un gesto de entrega, de abrirle un rincón del alma a esa mujer que ahora yacía junto a él, con la cabeza en su pecho.

Después, como si el recuerdo lo hubiera dejado demasiado lejos, propuso volver al presente.

—¿Te apetece cenar? —preguntó—. Podemos tomar algo en el patio tras la cena, si quieres.

—Me encanta la idea —respondió Clara con una sonrisa perezosa.

Recogió sus cosas con cuidado mientras él la observaba desde la cama, con el brazo apoyado sobre la rodilla y la sábana enredada a la cintura. Sus ojos no se apartaban de ella, y su media sonrisa hablaba más que cualquier palabra.

—Voy a ducharme y a vestirme. ¿Nos vemos abajo? —preguntó Clara, sin mirarlo del todo.

Él se levantó sin prisa, con esa seguridad que tanto la desarmaba, y se acercó a ella. Le quitó suavemente la ropa que llevaba en las manos y la dejó sobre un sillón cercano. Luego, con una mirada que rozaba lo indecente y lo divino, le ofreció la mano.

—Ducharte... puedes ducharte aquí —susurró.

Clara sintió un cosquilleo inmediato en el vientre bajo, un estremecimiento cálido que le subió por el cuerpo. Mordiéndose el labio inferior, como ya era casi reflejo cuando él la tocaba con su voz, asintió en silencio.

Entraron al baño sin más palabras. El vapor ya comenzaba a cubrir el espejo mientras el agua corría. Él le quitó la escasa ropa que cubría su cuerpo, la desvistió con una lentitud ceremoniosa, como si cada prenda fuese un secreto que se revelaba. Luego se despojó de lo poco que él llevaba y entraron juntos bajo la ducha caliente.

El primer contacto fue suave, un roce de dedos en la espalda, un beso en el hombro húmedo. Pero pronto, como si la piel mojada despertara todos los sentidos, la pasión tomó el control. Se buscaron feroces, se tocaron sin reservas, y el agua no alcanzó a apagar el fuego que se encendía entre sus cuerpos. Se amaron de pie, contra

la pared, entre caricias intensas, respiraciones entrecortadas y gemidos ahogados por el sonido del agua cayendo. Cada gesto, cada empuje, fue una afirmación ardiente de deseo.

Cuando bajó al patio, Clara se sentía otra.

O quizá la misma de siempre, pero reencontrada.

Llevaba un vestido sencillo, azul marino, con escote discreto y espalda descubierta. El pelo aún húmedo le caía sobre un hombro, y los labios, sin apenas pintura, temblaban un poco al sonreír. Había llamado a sus hijas, todo iba bien. También a Olivia, su amiga del alma, que le dijo con esa intuición suya:

—Clara, hay noches que la vida guarda solo para ti. A veces hay que tomarlas sin preguntar.

El patio estaba lleno pero no abarrotado. La gente cenaba a la luz de faroles colgantes, copas que tintineaban, manteles blancos ondeando con la brisa. Una pequeña banda tocaba en vivo —violín, guitarra, voz suave en portugués—. Y la luna, como testigo sin juicio, brillaba alta sobre las buganvillas.

Samuel ya estaba allí.

De pie, con una copa en la mano, la vio llegar. Y le sonrió de una forma que ella no le había visto antes, sin defensa, sin cálculo. Solo verdad.

Ella se acercó.

—Estás preciosa —dijo él.

—Gracias. Tú... también.

Se sentaron. Compartieron un plato de queso y aceitunas, un poco de vino. Hablaron poco. No hacía falta llenar el aire de palabras. Lo que quedaba entre ellos ya no eran dudas, era una serenidad extraña, como si todo hubiera encontrado al fin su sitio.

Y cuando la música cambió a un ritmo lento, antiguo, él se levantó y le ofreció la mano.

Ella aceptó.

Bailaron despacio, a la vista de todos, pero sin ver a nadie.

Clara apoyó la mejilla sobre su hombro.

Samuel le rodeó la cintura con una mano firme y delicada.

Y así, bajo la luna de Lisboa, entre turistas y desconocidos, danzaron como si nadie estuviera mirando.

# Capítulo 14

Cuerpo contra cuerpo, sin palabras; los dedos, enlazados en la madrugada; el calor humano como única certeza.

Clara despertó antes que él. Se quedó mirándolo un rato, en silencio.

La luz filtrada del alba acariciaba su espalda, y ella pensó —con un vértigo que no esperaba— que no recordaba haberse sentido tan en paz con alguien en años.

Desayunaron en la terraza interior del hotel. Café, fruta, un pastel de nata compartido entre risas tímidas. No hablaron del día anterior. Tampoco de lo que vendría.

Todo era presente, aún.

Recogieron sus cosas, hicieron el *check out* y se dirigieron juntos a la última reunión con la empresa portuguesa. Fue eficiente, cordial, distendida. Todo cerraba bien. Un proyecto que nacía con fuerza. Un viaje que, en apariencia, terminaba sin estridencias.

Pero el vuelo de regreso fue distinto. Ya en el avión, la magia se quebraba. No entre ellos. Entre ellos y la burbuja de la que venían.

Lisboa quedaba atrás.

Y con ella, la posibilidad de ser otros.

Samuel pidió la ventanilla. Clara se sentó a su lado.

Miraron nubes. Bebieron agua. Fingieron normalidad. Hablaron

del dosier, de un informe pendiente. Nadie mencionó la habitación, el vestido azul ni la luna llena.

Al llegar al aeropuerto de Barcelona, el caos habitual. Maletas, anuncios por megafonía, colas para taxis.

—No hay nada —dijo Clara, mirando con desgana la fila de los taxis.

—Tengo el coche aquí —dijo Samuel—. Te acerco, si quieres.

—¿Sí?

—Por supuesto —dijo seguro de sí mismo. Deseaba llevarla, deseaba no separarse de ella todavía, alargar ese viaje un poco más.

La maleta tardó en salir. Ese rato juntos, en silencio, fue un eco de todo lo que no estaban diciendo.

Subieron al coche. Un Volvo oscuro, limpio, cómodo.

Durante los primeros kilómetros hablaron poco. El tráfico era lento. En la radio sonaba algo neutro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clara, al cabo de un rato, sin mirarlo.

—Buena pregunta —contestó él—. ¿Tú lo sabes?

—No.

—Yo tampoco —respondió en un suspiro de hastío, mirando hacia delante con ambas manos posadas en el volante de piel oscura.

Más silencio.

Barcelona se extendía frente a ellos como un tablero lleno de piezas que no encajaban.

Al llegar al centro, él aparcó en un lugar autorizado, desde donde ella podría tomar un taxi hacia su casa.

No quiso que la llevara hasta la puerta.

—Mejor aquí —dijo—. Es más fácil despedirse.

Bajaron juntos. La calle estaba tranquila, con un sol bajo de

media tarde.

Se miraron.

—Está mal lo que hicimos —dijo ella, apenas en un susurro.

Samuel negó con la cabeza, sin violencia.

—No. Pueden ser muchas cosas: confuso, complicado, pero malo, no. Lo que hicimos es de todo menos algo malo, Clara —respondió Samuel, despacio, acercándose a ella.

La radio del coche seguía encendida. Y entonces, como un guiño cruel del destino, empezó a sonar *You Give Me Something*, de James Morrison.

Clara cerró los ojos.

Y lo besó. No fue un beso de despedida, fue uno de necesidad. De todo lo no dicho. Ella le agarró la cara con las manos, con suavidad. Él la rodeó por la cintura y la atrajo hasta su cuerpo. Ambos se excitaron. La química era evidente. Aquellos cuerpos respondían de forma animal al olor del otro; instintiva, mágica.

Se abrazaron fuerte y largo. Como si ese momento pudiera congelar lo vivido y volverlo eterno.

—Nos veremos pronto, en unos días está agendada una reunión en mi oficina —dijo ella.

—Lo sé —respondió él.

Ella cogió su maleta y se dirigió con paso rápido, tratando de recomponerse, en dirección a los taxis. No miró atrás al principio. Pero antes de llegar, se volvió.

Samuel aún estaba allí de pie, junto al coche. Viéndola, no con nostalgia, sino con certeza.

Esa mujer se había colado en su piel. En su boca. En su alma.

# SEGUNDA PARTE

# Capítulo 15

Al llegar a casa, el ruido habitual parecía otro.

Los platos del lavavajillas; la voz de Alba, contando algo del colegio; la música baja en la habitación de Blanca; los pasos de David, cruzando el pasillo mientras hablaba por teléfono con alguien del trabajo.

Todo era lo de siempre.

Y, sin embargo, ella ya no lo era.

—¿Qué tal Lisboa? —preguntó él, mientras le servía un refresco.

—Bien —respondió.

Y sonrió. Una sonrisa que no era mentira, pero tampoco era toda la verdad.

Clara abrazó a sus hijas más de lo habitual. Les acarició el pelo con los ojos cerrados. Esa noche, mientras cenaban, ella miraba a David como si fuera un recuerdo. Estaba allí, claro. Estaba siempre. La cuidaba, era amable, era correcto. Pero algo en su forma de existir la descolocaba.

Como si nunca hubieran compartido el mismo idioma. Solo el mismo techo.

Esa noche no durmió bien.

Se levantó antes del amanecer, bajó a la cocina y preparó café.

Afuera, el cielo apenas clareaba.

Inició su rutina como si Portugal solo hubiera sido un trámite. Algo que dejar atrás. Una aventura similar a un buen sueño que solo era eso, un sueño. Debía continuar con su vida. Olvidar a Samuel y lo ocurrido esos días en Alfama.

Preparó los almuerzos de las niñas. Las mochilas. Entró al baño sin hacer ruido. Encendió la ducha y, mientras el agua golpeaba suavemente su piel, cerró los ojos y acarició su cuerpo, imaginando que sus manos eran las de él.

Abrió los ojos tras el éxtasis alcanzado, algo impensable en ella, sonrió y se aseguró, sonrojada, de que la puerta del baño estuviera bien cerrada. Lo estaba. Respiró tranquila.

Se arregló, se sintió distinta. Su perfume ya no era solo una fragancia. Ahora era el recuerdo para alguien. Ella eso lo sabía.

Pensó en escribir a Samuel, en darle los buenos días. Se contuvo. No, ese no era el acuerdo.

Aún la embriagaba la resaca del amor vivido en Lisboa, y era consciente de que no debía dejarse llevar por la pasión que, con total seguridad, se iría desvaneciendo con el devenir de los días y daría paso a la normalidad que ella tenía bajo control y le aportaba paz y serenidad.

Dejó a sus hijas en el colegio; y a medida que avanzaba la mañana y retomaba la vida con sus colores habituales, Clara sentía que le oprimía el pecho y el corazón.

Había conseguido encajar un hueco algo más largo de lo habitual a la hora de comer. Movió agendas, adelantó tareas. Tenía que ver a Olivia.

Hablar por teléfono no bastaba.

Hay cosas —las más importantes— que solo se entienden en persona, mirándose a los ojos.

Hay mujeres que son un lugar seguro.

Olivia lo era.

Se encontraron en un pequeño restaurante tranquilo. Clara pidió una ensalada y algo de pescado a la plancha. El camarero esperaba, libreta en mano, cuando ella añadió:

—Vino. Necesito vino.

Olivia alzó una ceja con media sonrisa.

—Clara, tú no bebes vino entre semana...

Y, tras una pausa divertida, agregó:

—Pero, bueno, ¡que sean dos copas! —pidió, alzando la mano—. Porque tú me vas a contar lo que ha pasado, y yo no pienso escucharlo sobria.

Rieron.

Y el vino llegó.

Y con él, todo lo que Clara no sabía cómo decir... empezó a encontrar su lugar.

—¿Qué ha pasado?

Clara rompió a llorar. Un llanto contenido, silencioso, adulto.

—No quería... No pensaba... —balbuceó—. Es como si... de pronto me viera. Como si volviera a estar viva. ¿Eso está mal?

Olivia no respondió. Solo la escuchaba, como si cada lágrima fuera una oración antigua.

—Me siento... culpable —susurró Clara—. Tengo hijas. Tengo una familia. Y sin embargo...

—Y, sin embargo —repitió Olivia—, también tienes un corazón. No lo has matado. Eso no es malo, es humano.

—Olivia, hemos hecho... hemos..., Olivia, yo...

Clara sollozaba sin control, mirando a ambos lados, suplicando en su interior que, por favor, nadie conocido estuviera en aquel restaurante.

—Has vivido, amiga. Sigues siendo la maravillosa madre que

eres y casada con ese almidonado altivo que debería besar por donde pisas. Él te engañó, y nos costó mucho mucho superarlo. Ahora, como si de un universo paralelo se tratase, has vivido una aventura, al margen de tu vida. Pero tuya. No has hecho daño a nadie. Solo has vivido, mi amor. No sientas culpa. Saca todo el miedo acumulado, pero culpa, no. Más bien, saca el móvil y búscalo en redes, que quiero ver al hombre que te ha arrancado de tu cascarón de mojigata.

—¡Serás burra! —Ambas rieron entre lágrimas. Se abrazaron. Se curó un poquito el dolor. Se amansó la culpa. Se calmó el alma. Hay amigas que son hogar. Que son hermanas.

Clara continuó con su vida. Los días en la oficina, con la compra venta en plena ebullición, eran entretenidos. Una buena sensación ante la expansión; y con ello, la promesa de bonanza y trabajo estable se había instalado entre los empleados, se notaba. Más risas, más trabajo, más tranquilidad sabiendo que muchos podrían jubilarse tranquilos en unos años.

No siempre las cosas habían marchado bien, y en ese momento tocaba disfrutar.

Clara sentía que se le acumulaban las tareas, pero no le importaba, era el motivo perfecto para estar ocupada y no pensar en Samuel. Sabía que en unos días, menos de tres semanas, lo volvería a ver. Pero se decía a sí misma que tenía tiempo de sobras para superarlo y enfrentarlo con la sobriedad de una mujer empoderada capaz de vivir una aventura fugaz y seguir como si nada.

O eso creía.

# Capítulo 16

Volver a casa fue, en un primer momento, un alivio.

Las paredes blancas, el suelo limpio, el olor a madera y suavizante. Ivet le saltó al cuello. Martí salió de su cuarto y, sin palabras, lo abrazó por la cintura.

—Hola, papá.

Samuel se sintió feliz. O al menos, tranquilo.

Recuperar el orden. Volver a lo conocido.

Era eso lo que necesitaba. Y lo sabía.

Nuria lo esperaba con la cena puesta y su sonrisa habitual. Estaba guapa, con ropa de estar por casa, el pelo suelto, castaño, ondulado, y un vaso de vino entre los dedos.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. Lisboa es preciosa.

—¿Mucho trabajo?

—Sí. Todo el día entre reuniones. Apenas vi nada.

Mintió con elegancia, como quien desvía una conversación que no tiene razón de ser.

Ella no preguntó más. Nunca lo hacía.

No era frialdad. Era distancia aprendida. Costumbre.

Durmieron juntos, como siempre.

Cada uno en su lado de la cama.

Sin roce.

Sin palabras, pero en compañía.

Durante los primeros días, Samuel volvió a su rutina como si fuera una tabla de salvación.

Desayunos con los niños. Oficina. Casos. Llamadas.

Clases de la tesis. Reuniones internas.

Una vida llena de casillas marcadas. Un orden funcional.

Pero algo, dentro, empezaba a fallar.

Las noches eran más largas.

El rostro de Clara volvía en la ducha.

El vestido azul, sus pecas, su manera de bajar la mirada cuando decía algo importante, su aroma...

Pensó en escribirle.

Varias veces.

Pero no lo hizo.

No quería. No debía.

Samuel era un hombre serio. No iba a dejar a su mujer. Tenía una familia. Una estructura. Un deber. Un compromiso con su hogar. Una cosa era un *affaire* puntual, pero jamás una aventura duradera, una amante. No. No era algo práctico. No encajaba en su vida. No se lo permitiría, y no era un chiquillo. Podría con ello. Superaría el recuerdo de Clara.

No quería enamorarse. Y sabía que no lo haría, que él era capaz de dominar sus sentimientos.

Pero había emociones que no obedecían órdenes.

Y Clara... Clara ya vivía en el hueco que antes creía vacío.

Los días iban pasando: trabajo, casos, clientes, gimnasio, niños, tesis. Todo sumaba. Todo contribuía a continuar con la normalidad controlada.

El bufete contaba con cuentas clave que no debían desatender.

Transacciones internacionales, aranceles, hilar marcos legales entre países no siempre eran tareas sencillas, pero Samuel y el equipo con el que contaba destacaban por ser uno de los mejores de Barcelona.

La tesis revivía en las noches de despacho en casa. Aprovechaba cuando todos dormían para escribir, investigar y avanzar. Era un refugio que lo distraía y ocupaba la mente hasta la hora de dormir.

Su tutor de tesis le había sugerido, en varias ocasiones, valorar dar clases. La última vez que se vieron en la universidad con motivo de sus encuentros periódicos para repasar el avance de Samuel, hacia aproximadamente un mes, insistió bastante.

—Podrías ayudarme con Derecho internacional y, si quieres, Mercantil. Puedo ponerte con los de segundo y tercero —prosiguió —. Dos horas, cuatro a lo sumo, a la semana, Samuel. Eres un perfil perfecto para dar clases. Piénsalo. —Sonrió y le ofreció un cigarrillo. Era abogado, sabía persuadir y convencer, pero hablaba con un colega, lo que dificultaba llegar a un acuerdo de forma sencilla—. Pagamos bastante bien, y los chavales lo distraen a uno del denso ambiente del despacho. —Exhaló una bocanada de humo.

Samuel agradeció su confianza y, con educación, descartó la oferta.

—Primero la tesis. Ya tengo bastante tarea en el bufete y con mis dos niños pequeños, con los que quiero estar presente en su vida diaria.

Su tutor asintió, encogió los hombros, dando otra intensa calada al cigarro, y se esforzó en entender a Samuel. Tendrían tiempo, más adelante, al acabar la tesis, quizá.

Aquel hombre, su talante, su serenidad y su voz lo hacían un gran interlocutor, y lo quería en su equipo docente. Profesores en activo en los juzgados, con una carrera profesional como la de su alumno, daban prestigio a la universidad. Insistiría, pero no ahora.

Samuel andaba pensando en esa conversación y en si sería un buen momento para aceptar la oferta y dar un par de clases por semana cuando el móvil, mientras todos ya dormían, vibró.

Un mensaje. De ella: «Mañana nos vemos».

Se quedó mirando la pantalla.

El corazón —tranquilo desde hacía días— dio un golpe seco contra el pecho.

Tardó un minuto en responder. Solo escribió: «Lo estoy deseando. Te pienso. Demasiado».

Apagó el móvil.

Y supo que el orden... ya no era suficiente.

# Capítulo 17

Clara llegó al despacho nerviosa, con el estómago girado. Había dormido mal, desayunado peor. Los nervios a flor de piel. Se sentía estúpida, y emocionada. Como una quinceañera que acude a la discoteca y espera, mirando la puerta, que entre el chico que le gusta.

Se detuvo frente al mostrador de recepción.

—¿Han llegado ya los abogados?

—No, aún no —respondió Marta, la recepcionista, amable, sin darle importancia—. Pero todavía no es la hora.

Volvió a su despacho, quería repasar los apuntes antes de la presentación. Todo en orden.

Faltaban apenas cinco minutos para la hora fijada cuando, mientras caminaba en dirección al armario de material a por un paquete de folios para rellenar su impresora y avisaba a la administrativa de que necesitaría libretas de apuntes corporativas para la sala de juntas, lo vio.

Al final del pasillo.

Samuel.

Alto, delgado, elegante. Traje oscuro, camisa blanca, corbata discreta.

Y esa sonrisa serena que a ella le parecía un refugio.

Sus ojos se encontraron.

Y por un segundo el mundo se detuvo.

No se saludaron. No se acercaron. Simplemente se miraron.

Como solo dos personas que han amado en silencio pueden hacerlo; con profundidad, con certeza, con ganas secretas.

Marta los interrumpió:

—Clara, ya están aquí. Podéis pasar.

—Sí, voy... Voy.

Ella parpadeó, como si volviera de otro lugar.

Samuel tampoco había dormido bien.

Aquel mensaje —enviado por impulso, sin estrategia ni contención— iba en contra de todos sus principios. Se había prometido, más allá del vértigo que le provocaba Clara, pasar página. Guardar el recuerdo como se guarda un libro en una estantería. Cerrado, intacto, bello e inaccesible.

Pero cuando su nombre apareció en la pantalla del iPhone, no fue un hombre adulto el que reaccionó, sino un chiquillo adolescente, nervioso, emocionado.

Respondió sin pensar. Solo sintió.

Le costó conciliar el sueño. Se despertó al menos tres veces.

Fue al baño. Luego salió al balcón a fumar.

No lo hacía desde hacía semanas. Había conseguido reducir los cigarrillos casi a cero. No fumaba nunca en casa, y afuera apenas tenía tiempo entre el trabajo, los niños y el deporte.

Pero desde Lisboa... ya llevaba varios paquetes.

Y en su caso, eso solo significaba una cosa: algo dentro no marchaba en orden.

Se sorprendió pensando en cómo decirle a Clara que nada más eran colegas. Que no debía esperar otra cosa, si es que esperaba algo. Quería protegerla, no hacerle daño.

Y lo que no quiso admitir —ni siquiera ante sí mismo— fue que a quien intentaba convencer, proteger, era a él del oleaje incesante que andaba revoloteando su interior.

Finalmente, poco antes del amanecer, el cuerpo le rindió cuentas y cayó dormido.

El despertador sonó demasiado pronto. Se duchó. Café rápido. Traje oscuro, camisa blanca, nudo de corbata impecable.

Elegante. Sereno. Correcto. Samuel.

La reunión fue formal, eficaz. Clara expuso los avances del equipo legal. Él intervino con su precisión habitual. Todo era correcto. Profesional.

Pero por debajo de cada intervención, cada frase neutra, se deslizaban miradas que ardían en silencio.

Cuando la reunión concluyó, él se acercó, discreto.

—¿Comemos?

—De acuerdo —respondió ella sin pensarlo.

Sin pedir permiso a las normas que se había impuesto durante días.

Ni al miedo.

Salieron caminando juntos, despacio, como si no tuvieran prisa por llegar a ninguna parte. Al principio conversaron como dos colegas más, temas de trabajo, el clima, alguna anécdota irrelevante. Nada que pudiera delatar el incendio callado que ambos llevaban dentro.

Entraron en Vinitus, el restaurante habitual entre los compañeros de Clara, en la esquina de Consell de Cent con Rambla de Catalunya, a escasos metros de la oficina. Un lugar seguro. Demasiado seguro, quizá.

Pidieron el menú del día.

—Agua, por favor —dijo Clara. Y sin pensarlo, añadió—: Para él,

con gas.

La frase, dicha sin calcular, se quedó flotando en el aire.

Él la contempló. Ella, también.

Esa familiaridad espontánea los sorprendió a ambos, fundiéndose en una mirada en pausa en la que cupo una vida entera.

No era el lugar. Ambos lo sabían.

Quizá por eso lo eligieron, para que la cotidianidad del sitio hiciera de muro de contención, de ancla, de recordatorio de que la vida seguía.

Un roce. Un lento y leve roce entre sus dedos al tomar la sal. Fue un contacto mínimo, pero suficiente para encenderlo todo.

Clara no entendía cómo, a sus cuarenta y cinco años cumplidos, una parte de su cuerpo —y de su alma— despertaba con una intensidad que jamás había conocido.

Si se apuraban con el postre y el café, aún tendrían tiempo para andar un poco antes de volver a sus trabajos. Barcelona lucía preciosa en mitad de aquel otoño tardío. Invitaba a pasearla y disfrutar del agradable clima, escaparates y transeúntes pintorescos.

Bajaron por Consell de Cent con la intención de girar por Balmes. Ella debía volver al despacho. Él, a su coche. Caminaron en paralelo, evitando decir lo que ambos llevaban en la boca del estómago.

Se miraron.

Clara agachó la vista, tímida, sin saber del todo por qué.

Samuel dio dos pasos más, decididos.

Estiró un brazo con naturalidad justo cuando una mujer salía de un portal.

—Pasa —dijo, sin tono, sin preguntas.

Ella entró.

Él cerró la puerta. Y allí, en el frío mármol de un portal

clandestino donde nadie los podría ver, se besaron.

Con pasión.

Con dulzura.

Con amor del que duele, del que se sabe amargo cual café. Del que complica, mucho, la vida.

Samuel la abrazó con fuerza.

Hundió la cara en su cuello.

Y entonces dijo:

—Dios mío..., cuánto te he echado de menos.

El corazón de Clara dio un vuelco. Ella también lo había extrañado cada segundo desde que regresaron de Lisboa.

Volvió a besarla, esta vez con una intensidad que ya no disimulaba nada. El roce de su lengua en la boca le devolvió la vida. Las ganas.

Se encendieron.

Piel contra piel, al borde del abismo.

Y si no hubiera sido porque alguien abrió la puerta del portal en ese preciso instante, Samuel habría perdido el control.

La habría amado allí mismo. Contra el mármol.

Contra el mundo.

Se separaron unos centímetros. Sonrieron. Ella, nerviosa. Él, sereno; seguro, aun sin estarlo, de que ella era el lugar perfecto.

El vecino desapareció dentro del ascensor.

Sus respiraciones descompasadas llenaban el silencio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Samuel, casi para sí mismo.

Clara no respondió. Lo miró.

Y lo besó otra vez.

Con ternura. Con miedo.

Con amor. Del bueno.

# Capítulo 18

Necesitaba pensar.

Acallar el ruido que le ensordecía el alma y ordenar cada uno de los sentimientos que, como críos en el recreo, corrían desbordados entre la euforia de vivir un presente mágico, sin pensar en el mañana.

Las niñas y David llegarían tarde. Era martes. Piano para ellas, pádel para él.

Volverían juntos pasadas las nueve.

Tenía unas horas solo para ella.

Se acomodó en el jardín, en una de las butacas verdes que habían comprado dos veranos atrás.

Copa de vino en una mano. Un Marlboro encendido en la otra.

Pensó en Lisboa.

En las callejuelas de piedras.

En la habitación del hotel.

En las caricias de Samuel. En su voz susurrándole al oído. En esas manos —suaves, firmes— que exploraron rincones dormidos y los despertaron con una voracidad nueva, sensual, volcánica.

En su aroma. En el calor de su cuerpo esculpido.

Exhaló el humo con lentitud, como si en ese gesto pudiera equilibrar el fuego que aún la recorría.

Quería pensar. Pero no en él. No ahora.

Quería pensar en ella. En su vida.

En cómo abordar esta locura.

Porque sí.

Clara, por más que aquello contraviniera cada línea de su moral y de su educación, tenía un amante.

Y lo peor —o lo mejor— era que se había enamorado de él.

Habían salido del portal sin hablar.

Con el sabor del otro aún en los labios y las ganas escondidas en los bolsillos.

Caminaron despacio, juntos, como si cada paso fuera una declaración de algo que aún no sabían cómo nombrar.

Se despidieron frente al edificio donde trabajaba Clara.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, tímida, temblorosa, pero valiente al atreverse a decir en voz alta lo que los dos necesitaban

—No lo sé —respondió Samuel—. Solo sé que quiero besarte.

La deseaba tanto que las ganas lo devoraban por dentro, por más autocontrol que supiera exhibir ante el mundo.

—Y yo. —Sonrió Clara—. Busquemos un hotel, una tarde, una excusa.

Samuel asintió, sin decir nada.

Contuvo el impulso de acariciarle una mejilla.

—Adiós —dijo, apenas en un suspiro.

Ella se quedó quieta unos segundos. Volvió a la oficina. Era martes, tenía la tarde libre para ella y era justo lo que más necesitaba.

Encendió otro Marlboro y sintió algo de frío. Estaba anocheciendo.

Puso su *playlist* más nostálgica.

Quería centrarse. Aclararse. Pensar.

Pensar en cómo diseñar un plan para verse con Samuel.

Un plan. Una rutina. Un pequeño mundo secreto dentro del mundo.

Se sintió una impostora. Una mentirosa.

Una pecadora.

Pero, sobre todo, se sintió viva.

De su parte.

Por primera vez en mucho tiempo, aun sabiendo que lo que hacía no era correcto, estaba de su parte.

Y esa certeza, lejos de incomodarla, le provocaba un bienestar tan desconocido como necesario.

Había pasado la vida cumpliendo. Haciendo lo debido, lo esperado. Disfrutando de los placeres con prudencia, con medida. Pasaba por el mundo de puntillas, oliendo lo bueno, pero sin atreverse a morderlo. Para no empacharse. Para no molestar.

Creció siendo una buena hija, una buena hermana, una amiga fiel. Divertida, con buena cara siempre. Aliviaba el dolor ajeno con su dulzura, con esa forma de estar que no exigía nada pero lo daba todo. Se dejaba para el final, como tantas mujeres que la rodeaban. Porque eso era lo normal. Lo aprendido. Lo enseñado por su madre, por su abuela.

Por la vida.

Y ahora, por una vez, estaba rompiendo las reglas. Se priorizaba. Se descubría. Adulta, serena, enamorada. Llena de secretos que, al menos hoy, no le pesaban. No supuraban culpa. Al contrario, le llenaban el alma. No sabía cuánto duraría aquel oasis emocional de amor propio, se dispuso a disfrutarlo. Como se disfruta un primer beso robado, efímero, eterno.

Se acurrucó en la hamaca, cubriéndose con una manta fina de

ganchillo, rosa y verde, que su madre había tejido años atrás.

Ajustó los auriculares y, con *El lugar correcto*, de Natalia Lafourcade, cerró los ojos y se fue quedando adormilada.

# Capítulo 19

Clara se preparó una infusión muy apetecible para el frío suave de aquel diciembre. Era tarde. David, metido en la cama desde hacía una hora. Las niñas andaban en sus cuartos a punto de dormir. Ella no tenía sueño, pero necesitaba cerrar el día también. Escogió manzanilla, melisa y tila, una combinación que solía ayudarla a descansar. Dio un sorbo, aún estaba demasiado caliente. La pantalla de su móvil se encendió.

Samuel.

Te echo de menos. Quiero verte. ¿Puedes mañana?

Su corazón se aceleró y una sonrisa iluminó su boca. Cerró los ojos por un instante y respiró hondo.

Sí. Mañana es buen día. Los martes siempre lo son.

Respondió Clara.

Samuel contestó rápido:

17.30. El mismo lugar. Te espero.

Estaré ahí, te extraño.

No digas más. Buenas noches, Clara.

Buenas noches, Samuel.

Los martes ya no eran martes.

Eran una isla prohibida. Un universo paralelo que la alimentaba como a un animal hambriento.

Poco a poco, los fue integrando en su rutina.

Inventó excusas, mentiras piadosas que disfrazaban sus ausencias.

Clases de yoga. Reuniones. Cafés con Olivia.

Nada de eso era cierto.

Samuel ya la esperaba. Nervioso. Con esa sombra de culpa que lo perseguía desde que había perdido el control. Desde que se dejó caer —sin defensa alguna— en ese abismo llamado «aventura».

Y, sin embargo, lo que sentía no era solo deseo.

Era ansiedad. Ganas de ella. De su cuerpo, sí, pero también de su voz, de su forma de mirarlo como si no hubiera nadie más.

Tenía a Clara impregnada en la piel.

Más de una vez se descubrió pensando en ella sin proponérselo.

La imaginaba desnuda, cabalgando sobre él con la piel húmeda y los ojos cerrados al placer.

Aquella mujer —bonita, alegre, distinta— le había robado la cordura.

A él. El hombre pragmático. El sensato. El que rozaba los cincuenta y creía tener la vida completamente armada.

Y ahora...

Ahora la vida le había regalado un amor inesperado.

Una puerta secreta a un mundo que no controlaba y del que no quería salir.

Clara cerró el ordenador y salió del despacho con paso ligero.

En el baño de la oficina se retocó el pelo, se dio un poco de color

en los labios.

Tomó un taxi rumbo a Poblenou. Hotel Ilunion.

Lo habían elegido por eso, lo suficientemente cerca para encontrarse y lo bastante lejos de sus mundos para que nadie los encontrara.

Habitación 321.

Clara se detuvo ante la puerta; el corazón, latiéndole rápido.

Picó suavemente. Una, dos veces.

La puerta se abrió despacio. Allí estaba Samuel.

Camisa blanca, las mangas arremangadas, ya sin corbata.

Sonrió. Ella también.

No dijeron nada.

Él dio un paso atrás, dejando espacio para que Clara entrara.

No apartaron la mirada. No cesaron sus sonrisas.

Ella cruzó el umbral, el silencio era suave como terciopelo.

Se quitó el abrigo, la bufanda, el bolso.

Los dejó caer al suelo sin cuidado, como quien se desprende de un peso invisible.

Y lo besó. Con fuerza. Con verdad. Con todo su ser.

Samuel la sujetó del rostro, con las dos manos, y la separó apenas unos centímetros.

La miró como si quisiera grabarla así, para siempre, en su retina. Viva, encendida, suya.

Y volvieron a besarse. La habitación 321 se convirtió en un universo de dos.

Las manos se buscaron, la ropa empezó a caer al suelo, pero no toda. No hubo tiempo ni paciencia para desvestirse por completo.

Las camisas quedaron abiertas; las medias, bajadas a medias; los cuerpos, entrelazados como si hiciera siglos que no se tocaban.

Como si se lo debieran.

Hicieron el amor con furia y con ternura, escribiendo en la piel del otro lo que no podían decir en voz alta.

Dos veces.

Y luego, agotados, se fundieron en un abrazo largo, silencioso.

Clara apoyó la cabeza en su pecho.

Samuel acariciaba su espalda con una lentitud casi religiosa.

Se habían vaciado del deseo acumulado.

Había calma. No paz, pero sí tregua.

—Hoy he cerrado un caso que llevaba meses arrastrando —dijo él, sin abrir los ojos.

Ella sonrió, con la vista fija en el techo.

—Enhorabuena, sé que has trabajado mucho en él.

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—Yo hoy me he dado cuenta de que echo mucho de menos el mar —susurró—. No el verano ni la playa. El mar. En invierno. Con nubes y abrigo.

Él la miró.

—¿Quieres que te lleve?

—¿A dónde?

—Al mar.

Ella no respondió. Solo se giró para besarlo otra vez, en esta ocasión despacio, como si con ese beso pudiera detener el tiempo y el espacio.

# Capítulo 20

Aquella noche, al volver a casa, Blanca observó a su madre con atención desde el sofá.

—Mamá, ¿qué te pasa?

Clara la miró sorprendida.

—¿A qué te refieres? —dijo mientras se desabrochaba los botones de su blusa y se disponía a ir al vestidor a ponerse ropa cómoda. Ya se había duchado en el hotel; por más que el aroma a Samuel le gustase más que el pan recién hecho, no debía levantar sospechas en casa.

—No sé... estás muy guapa. Y te veo feliz. Creo que el yoga te sienta bien. —Clara se puso nerviosa. Blanca volvió a acomodarse en el sofá.

—¿Eso piensas? —preguntó con una sonrisa tímida.

—No, mamá, lo digo en serio —Blanca volvió a mirarla—, ¿ahora cantas? —dijo en tono sorpresivo—, no te oigo hacerlo desde que Alba era un bebé. Y ahora cantas mientras cocinas o te preparas para ir al trabajo. No sé, mamá, lo que sea que tomes, sigue.

Clara se quedó en silencio un segundo, sonrió a su hija. No quería mentirle, pero no podía contarle el motivo de la luz que ella también era consciente que irradiaba. Tuvo el impulso de abrazar fuerte a su hija. No por culpa, sino por gratitud. Por ver en los ojos

de su niña a la mujer que hacía tiempo había dejado de ser.

La vida continuaba para ambos con una nueva normalidad integrada en sus rutinas que casi daba miedo. Los martes, muchos martes, todos los que podían, era su momento de amarse.

El resto de la semana sobrevivían a base de mensajes breves, cargados de amor encriptado. Toda precaución era poca. Cada palabra, medida.

Porque sabían que pronto, en primavera, por trabajo, viajarían juntos a Lisboa.

Y Lisboa... Lisboa no era solo una ciudad.

Era su refugio. Su idioma secreto.

Allí planeaban amarse sin tapujos.

Allí todo era posible.

—No entiendo por qué no os separáis cada uno de vuestras parejas y os vais a vivir juntos; sinceramente, amiga, no lo comprendo —dijo Olivia mientras ponía tres cartas sobre un tapete lila encima de la mesa de su salón.

—No es tan fácil, Olivia —susurró ella, bajando la mirada.

—¿Cómo que no es tan fácil? —insistió su amiga, con la dulzura justa para no sonar dura—. Vivimos en el siglo XXI, sois dos adultos, responsables, económicamente independientes... y estáis —aquí señaló una de las cartas— muy enamorados. Las cartas lo gritan. Mira. Aquí.

—Samuel no dejará a Nuria, no mientras sus hijos aún sean pequeños.

—¿Samuel? ¿Y tú? ¿Tú dejarías a David si él te lo pidiera? —La miró con los ojos bien abiertos—. ¿Qué esperas de todo esto, Clara? ¿Hasta cuándo vas a seguir mintiendo... a todos? A ti misma.

Clara adoraba a Olivia. Había sido su red, su refugio, el lugar

donde caer tantas veces sin hacerse daño.

Pero también era dura. Sincera. Demasiado directa. Para ser terapeuta —pensaba a menudo Clara— le faltaba diplomacia. Sus palabras, aunque certeras, a veces dolían.

Y sin embargo... también era cierto que más de una vez, gracias a esas palabras, Clara se había sacudido el miedo y dado pasos que sola jamás se habría atrevido.

Esta vez, sin embargo, era distinto.

Olivia estaba separada. Clara la había apoyado en su proceso, estuvo a su lado en cada etapa.

Pero Clara no era Olivia.

Sentía distinto. Pensaba distinto. Y ahora, más que nunca, necesitaba que su amiga la escuchara sin juzgar, sin marcar el camino.

Necesitaba a Olivia en modo «no juicio», no en modo «brújula».

En modo «refugio», no en modo «conciencia».

—No lo sé... Dímelo tú. ¿Qué revelan tus cartas? —respondió Clara, entre el sarcasmo y la molestia.

—No te enfades, Clara. Yo solo quiero que seas feliz —replicó Olivia con suavidad, mientras extendía el mazo sobre el tapete—. Anda, escoge tres.

Clara la miró unos segundos antes de acercar las manos a las cartas. No creía del todo en ellas, pero tras tantos años viendo cómo las manejaba Olivia, había aprendido a reconocer los arcanos mayores, los menores y a intuir su simbolismo.

Sabía que había cartas luminosas, como el sol o la estrella, y otras que anunciaban movimientos incómodos, como la torre o la luna.

Y aunque no terminara de entenderlas, siempre se preguntaba por qué esas imágenes antiguas, dibujadas, lograban removerle

tanto.

Clara deseó, aunque no creyera demasiado en estas cosas, que el tarot augurase un «felices para siempre» junto a Samuel.

Un divorcio tranquilo. Unos hijos que no sufrieran. Dos hogares que no se quebraran.

Pero cada vez que sopesaba el daño que una separación podría provocar en ambas familias, una tristeza sorda le apretaba el pecho.

No por David. No por engañarlo.

Su historia con Samuel era suya, un universo paralelo donde respiraba, donde sentía que aún existía.

Lo que le dolía era otra cosa, la posibilidad real de perder la vida completa con sus hijas. No verlas quince días al mes. No estar ahí cuando llegaran del colegio. No escuchar su voz contando el día. No abrazarlas antes de dormir.

Amaba a Samuel, sí, pero la renuncia era demasiado alta.

El precio, insoportable.

Prefería vivir su amor en secreto. Callado. Silencioso. Hasta que se gastara —si es que alguna vez lo hacía— o hasta que sus hijas crecieran.

Samuel pensaba igual.

Sus hijos eran el eje de su mundo.

Y aunque su relación con Nuria era una rutina pactada, seguía viéndola como una gran madre.

No quería que sus hijos vivieran sin ella. Ni sin él.

Y no podía imaginar una realidad donde solo los viera la mitad del tiempo.

Seguir como amantes no era una cobardía ni un acto egoísta.

Era, simplemente, su manera de proteger lo que más amaban.

Mantener las piezas del puzle en su sitio un poco más.

Mantener los hogares sin romper... todavía.

Olivia giró las cartas.

Los enamorados. El sol. La luna.

Se quedó mirándolas fijamente unos segundos, como si pudiera leer más allá de sus símbolos. Siempre lo hacía. Decía que no leía cartas, que canalizaba mensajes.

—¿Qué? ¿Qué significan? —preguntó Clara, impaciente—. ¡Vamos, Oli, me tienes en ascuas!

—Bueno..., lo primero que veo es que necesitamos más vino. Así que rellena las copas, por favor —dijo Olivia, sin apartar la vista del tapete.

Clara suspiró, divertida y nerviosa. Se levantó, cogió la botella de merlot y llenó ambos vasos mientras murmuraba algo sobre lo teatrera que podía llegar a ser su amiga.

—Ahora sí —dijo Olivia, tomando un sorbo—. Los enamorados nos hablan de vosotros. De lo que hay entre tú y Samuel. No es un capricho, no es solo sexo. Este hombre está enamorado de ti, Clara, y tú de él. Lo sabéis los dos.

»Luego tenemos el sol, una carta luminosa, de plenitud. Habla de bienestar compartido, de momentos llenos de verdad y alegría. Vais a vivir cosas muy bonitas aún.

Se detuvo ante la tercera carta. Se llevó un dedo a los labios, buscando las palabras justas.

—¿Y la luna? —preguntó Clara en voz baja, ya con el estómago encogido.

—La luna es la carta de los secretos, de lo que aún no ha salido a la luz. Puede ser melancolía, puede ser una verdad que se oculta. En vuestro caso, sí, puede tener que ver con los silencios que envolvéis para protegeros..., pero siento que hay algo más. Algo que no está aún sobre la mesa.

—¿Algo más? ¿Qué tipo de «algo»?

—No lo sé con certeza —dijo Olivia bajando la voz—. Es solo una sensación. Puede ser un cambio, una noticia que lo altere todo. Quizá no sea nada.

A Clara se le heló el cuerpo. No quería que Samuel acabara. No quería que nada de aquello terminara.

# Capítulo 21

La primavera despertaba de su letargo invernal, los días eran más cálidos; las tardes, más largas. Aquel martes no daba para mucho rato, ambos tenían un compromiso temprano: él, algo familiar; ella debía ir a recoger en la estación de Sants a unos amigos que volvían de un largo viaje.

*Y nos dieron las diez* sonaba de fondo, haciendo —si cabe— aún más bonita aquella pequeña cafetería. Samuel solía preferir otra música, más metálica, más estridente. Clara, en cambio, había crecido escuchando a Sabina. *Física y Química, Yo, mí, me, contigo*... fueron álbumes que pusieron banda sonora a los primeros años de su juventud. Por eso, escuchar aquella canción mítica mientras tomaba un chocolate caliente frente al hombre que amaba, en una cafetería escondida entre las callejuelas del Born, era —aunque fuera efímero— un plan perfecto.

Hablaban de trabajo, de libros leídos las últimas semanas. De música, filosofía y de lo bonita que estaba Barcelona con la luz de la primavera.

A ambos les gustaba compartir en qué lectura andaban sumergidos. Él, siempre algo práctico: manuales de Derecho o novedades jurídicas. Ella, fiel a la literatura latinoamericana, siempre andaba con la nariz entre novelas de Allende, Mastretta o Laura

Esquivel —*Como agua para chocolate*, entre sus favoritas—, y un ejemplar ya gastado de *El amor en los tiempos del cólera*, de García Márquez, que había leído tres veces.

De pronto, Samuel se quedó en silencio. Se llevó la taza a los labios, la sostuvo allí unos segundos.

La miró.

—¿Te acuerdas de aquella conversación en Lisboa? Cuando me dijiste que siempre habías soñado con vivir frente al mar. Que, si no fuera por tus hijas, te habrías ido a vivir a Cadaqués o a Menorca.

Clara sonrió, sorprendida de que lo recordara con tanto detalle.

—Claro que me acuerdo —dijo, con una chispa traviesa en los ojos—. De la conversación... y de lo que vino después.

Le guiñó un ojo, cómplice.

Él sonrió, negando suavemente con la cabeza, como si dijera «no tienes remedio».

—Y yo también lo recuerdo —añadió, en voz baja, como quien atesora un secreto entre los labios.

—Te confesé aquella noche mi amor por el mar —susurró, mientras dibujaba una espiral en la palma de la mano de Samuel.

—Y desde entonces no dejo de pensar en eso. En el mar. En ti.

—¿Por?

Samuel bajó la vista. Luego la volvió a mirar con esa mezcla de ternura y determinación tan suya.

—A mis veintitantos, navegaba. Tenía un velero. Pequeño, prestado, de un amigo. Luego lo dejé... Nuria no es de mar. Nunca le gustó. Hace unos días, ese mismo amigo me ofreció su barco. Quería venderlo. Lo compré.

Se hizo un silencio. Clara lo miró, emocionada.

Samuel continuó:

—Está amarrado en Port de Premià de Mar. Nada lujoso..., pero

es mío. Nuestro. Tiene cocina, camarote, una mesa de madera con marcas de salitre. Es sencillo pero perfecto.

Se lo notaba emocionado. Ilusionado. Había cumplido un sueño propio, y lo hacía de la mano de Clara.

Su idea era pasar juntos todas las tardes posibles navegando. En alta mar nadie los vería, nadie los juzgaría.

Serían solo ellos, disfrutando del mar. De navegar. Del otro.

Clara, visiblemente emocionada, sorprendida y profundamente agradecida por lo que ese gesto significaba en su historia, sintió un nudo en la garganta.

No encontró grandes palabras. Solo pudo mirarlo y decir, con una sonrisa temblorosa:

—¿Cuándo zarpamos?

# Capítulo 22

Desatracaron todas las tardes posibles en las que el mar fue generoso. Si el tiempo no acompañaba, se quedaban en el interior del velero. Amándose, conversando de todo y de nada, llenando de caricias y ellos el momento.

Cuando el viento era propicio, se adentraban hasta que la costa se desdibujaba, y entonces solo existían el golpeteo del agua, el canto lejano de las gaviotas... y ellos.A Clara le fascinaba verlo navegar. Se sentaba en cubierta y lo observaba en silencio. Serio, con el viento en el rostro y el sol del atardecer tiñéndole la piel, le parecía sin duda el hombre más atractivo que había visto en su vida.

Si la sorprendía mirándolo, sonreía pícaro. Cuando eso pasaba, aún, si cabe, estaba más guapo.

Un sábado, como otras tantas veces, vistieron uno de sus encuentros clandestinos con excusas, con mentiras. A Clara no le dolía ocultárselo a David. Pero engañar a las niñas... eso era otra cosa. Algo que le hacía daño en lo más profundo de sus entrañas.

Aquel sábado, las pequeñas habían sido invitadas a una fiesta de cumpleaños de una niña del colegio. Blanca y Alba tenían dos años de diferencia, compartían amigos con hermanos de edades similares y en más de una ocasión iban juntas a eventos como ese.

David quiso aprovechar el día para hacer algo en pareja.

Clara lamentó no haberlo previsto. Se excusó con haber quedado con Sonia, una antigua compañera de universidad que, según dijo, organizaba un brunch para compartir una noticia importante. Mencionó también que Olivia iría. Ella era su coartada.

—Pues jugaré al pádel toda la mañana —respondió, algo molesto —. ¿A qué hora vendrás? —A David le apetecía mucho su mujer, pasar el día con ella, la notaba demasiado distante y tremendamente sexy en el último tiempo. Pensaba en ir juntos a comer al puerto de Barcelona, hacía una mañana preciosa y las niñas estarían ocupadas todo el día. Le molestó que ella, sin contar con él, hubiera hecho planes.

—No lo sé —dijo ella mientras rebuscaba en su bolso un mechero que quería llevarse en la mochila para el día en el velero. Con David no fumaba. Él sabía de su pequeño vicio, y lo respetaba, pero ella prefería evitarlo en su presencia, quizás por pudor, o para esquivar alguna de sus bromas sarcásticas—. Imagino que se alargará. Yo iré a buscar a las niñas hacia las seis. Nos vemos aquí, en casa, ¿te parece?

David la miró sorprendido, con los ojos muy abiertos, como sin entender qué decía su mujer, pero desistió reprochar.

—¿Qué buscas con tanto ahínco? —preguntó, señalando su bolso.

—Nada, una cosa que quiero llevarme —respondió ella con naturalidad, sin alterarse.

—Estás muy guapa hoy, Clara —dijo él, y esta vez fue sincero—. Aunque... con ese look parece que vas a navegar, más que a un brunch con amigas.

A Clara se le heló la sangre. Tragó saliva y sonrió, improvisando:

—Sonia nos ha dicho que llevemos ropa cómoda, tiene una sorpresa preparada.

—Ok. Pásalo bien, cariño. Me voy con Jon al pádel. Te veré luego. —Le dio un beso leve en la mejilla y desapareció en la habitación para ducharse y preparar su ropa deportiva.

Clara respiró tranquila y segura de que su excusa había sido convincente ante David. Los martes los tenía controlados, pero cualquier encuentro fuera de lo habitual era mucho más complejo intercalarlo en sus rutinas. Se sintió mal por mentir tan bien. No era algo que la definiera, o no hasta la fecha.

Cogió la mochila, la chaqueta cortavientos... y se marchó. Cerró la puerta con una mezcla de alivio y culpa.

David. Su marido. El papá de sus niñas. La cautivó al poco de conocerse.

Era ya desde bien joven un hombre guapo y carismático. Parlanchín, divertido. Ocurrente. Inteligente. El centro de todas las conversaciones. El amigo fiel que nunca falla y esconderá tus secretos. Un tío interesante, culto, formado.

De estatura media, tirando a bajo. Pelo rubio que ahora, con el paso de los años y las muchas entradas, lucía rapado. De complexión fuerte pero no muy grande. Ojos grises. Mirada pícara.

El pequeño de tres hermanos creció en un hogar tan acomodado como complicado. Mamá era hija de un matrimonio de vinicultores original del Penedès. Decidió ser ama de casa, y una vez casada se volvió abnegada, sumisa. El padre de David estaba bien posicionado en la empresa de los suegros. Tenía un importante puesto como comercial en la zona del Barcelonés, donde pronto se instalaron a vivir y nacieron sus tres hijos. Primero alquilaron un pequeño piso en Poblenou, más tarde anduvieron dos años de paso en una casa prestada en Montcada i Reixac. Finalmente se trasladaron al piso grande de Sant Andreu, donde se quedaron de forma indefinida. Los problemas del padre con el alcohol y el autocontrol enturbiaron el

matrimonio y la infancia de los tres pequeños, marcándolos con su furia y su cinturón para siempre.

Su padre murió joven, una mañana de octubre, en la C-58. Iba ebrio, dijo la autopsia. Era miércoles, eran las diez de la mañana. El final de Mauricio fue tan abrupto como la rabia que dejó atrás.

David decidió revertir el odio acumulado y convertirse en un hombre de éxito. De la mano de su abuelo materno, con quien pasaba los veranos en la masía de Santa Fe del Penedès, aprendió cómo sí se hacen las cosas. Estudió empresariales, luego un MBA en Esade. Su carrera lo catapultó hasta un puesto destacado como director europeo de compras en una multinacional química con sede en Barcelona. Más de ciento cincuenta personas dependían de él. Viajaba con frecuencia a Alemania, Suiza y Noruega. Hablaba un inglés perfecto. Donde no llegaba con el idioma, llegaba con su persuasión.

David destilaba fuerza y seguridad. Siempre tenía una sonrisa, un comentario ingenioso. Era inquieto, deportivo, intenso. Demasiado intenso, a veces.

Conoció a Clara como había conocido a otras chicas antes, sin mayor intención que la de compartir placer y cama. Fue en Park Paladium, una antigua discoteca del Vallès.

Ella bailaba con amigas, él la vio de lejos. Era preciosa. Aquella risa, aquellas ganas de vivir que se apreciaban en sus gestos y en esos ojos verdes tan vivos lo cautivaron en minutos, algo despertó aquella muchacha en él que hasta la fecha nadie había despertado.

Con su talante natural para hacerse con aquello que se proponía, consiguió su número y una cita. Clara se hizo rogar. Aunque años después bromeara con que la enamoró esa misma noche, ambos sabían que a ella le costó entregarse. A David, en cambio, le bastó una cita.

A ese encantador sinvergüenza —como decían sus amigos— lo habían «cazado» sin remedio, y efectivamente, ya sea porque no aceptaba nunca un «no» por respuesta, por el reto que suponía Clara y sus reticencias o porque aquella chica que estudiaba Derecho y bebía cola con ron lo tenía embelesado, supo que se casaría con ella desde el principio.

La segunda cita fue un paseo por La Rambla de las Flores en el centro de la ciudad Condal. Bonito. Romántico. Convencional. Aburrido. Dos semanas después, en la tercera, la llevó en su A3 negro a bailar salsa. Era un excelente danzarín que había tomado clases tiempo atrás con el único afán de conquistar a más mujeres con su movimiento en la pista.

Le funcionó. Bailaron ritmos caribeños toda la noche, cantaron y lo pasaron en grande entre mojitos y Juan Luis Guerra. Esa noche, Clara sucumbió, cayó rendida a los pies de David y ya nunca se separaron.

Pocos años después compraron una casa en Sant Cugat, en la zona residencial, y se casaron. Tras un tiempo disfrutando en pareja, primero nació la pequeña Blanca; dos años después, Alba.

La vida juntos era bonita. Amigos, cenas, salidas. David era todo energía. Pasión. Intensidad.

Más tarde llegaron los viajes de trabajo cada vez más largos. Las reuniones con proveedores hasta altas horas. Las vueltas algo ebrio, en taxi, con olor a otro perfume. El mal humor en casa. Las risas en la oficina.

Clara sintió que lo estaba perdiendo y luchó por revivir la relación. Asumió su parte —el haberse volcado por completo en la maternidad, el dejar de cuidarse como antes—. Olivia, testigo de la vida de su amiga, le recordó que el amor de verdad se sostiene en los cambios, en las nuevas tallas, en los años compartidos. Que

culparse no era el camino.

Cuando Clara enfermó, víctima de un contagio que sin lugar a dudas venía de David, su corazón se rompió. Por más que él suplicó perdón, por más que la cuidara como nunca... ya no hubo vuelta atrás.

Clara aparcó, como siempre, en una calle contigua al puerto. Se puso la chaqueta, cogió la mochila y emprendió el breve trayecto a pie hasta el embarcadero.

Samuel ya estaba allí, en cubierta. Le saludó con la mano y una sonrisa serena. Se lo veía feliz, sin duda. Vestía informal pero impecable: pantalones color tierra, camisa azul clara arremangada y ese flequillo rebelde que el viento no conseguía domar.

Zarpar mar adentro era sinónimo de libertad. El Mediterráneo era su cómplice, como en su día lo fue Lisboa. Allí nadie los juzgaba. Las olas los acunaban, y el salitre los envolvía en un universo paralelo donde, por unas horas, podían ser solo ellos.

Era media mañana. Tenían el día por delante. Samuel había llevado algo para comer. Solo faltaba partir.

—Hola, preciosa —saludó él, robándole un beso.

Clara dejó sus cosas encima de un arcón, se giró lentamente hacia Samuel.

—Hola. —Un saludo lento y seductor que acompañó con un beso dulce y lleno de ganas.

Zarparon rumbo norte. Atracaron en un pequeño pueblo costero. Comieron en cubierta, bajo el sol tibio de marzo. Ensalada de pasta, tostas, fruta y vino.

Al acabar, Samuel conectó un altavoz inalámbrico al móvil.

—¿Bailas? —le dijo de pie frente a ella, ofreciéndole su mano.

Sonaba la misma canción de aquella noche en Lisboa, cuando

todo comenzó.

—¿En serio? —preguntó divertida, dejando la copa de vino sobre la mesa de madera y aceptando su invitación.

El suave oleaje acompasaba sus cuerpos. No había nadie alrededor, solo el horizonte, la brisa salada, la música y ellos.

Él la sujetó por la cintura con firmeza. Ella lo miró con deseo. Él la atrajo aún más hacia su cuerpo.

—Me haces bien —susurró ella, dejándose llevar.

—Eres lo mejor que me ha pasado en años —respondió él, en voz baja, acariciando con el pulgar el nacimiento de su cuello.

Ella se estremeció. Samuel la besó; primero, suave; luego, intenso, buscando su lengua con desesperación por más. La intensidad aumentaba por momentos. La música seguía, lejana, ahora era otra canción. Samuel tomó su mano y la guio hacia el interior del camarote.

Allí dentro, todo olía a madera antigua, a mar y a ellos. Clara se quitó la chaqueta. Samuel la miraba como si nada en el mundo importara más que aquel instante. Ella le desabrochó la camisa sin prisa, acariciando cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto.

Sus respiraciones se aceleraron. Las caricias se hicieron más profundas. Sus manos buscaban rincones secretos que deseaban ser encontrados.

Desnudos, con la ropa esparcida por el suelo, hicieron el amor sin prisa, sin miedo, sin apuro. Se miraban con deseo, con pasión. Cada gemido era una promesa rota y renovada. Cada beso, un instante que paraba el mundo.

Cuando terminaron, quedaron abrazados sobre la cama, ella con la cabeza reposada en el pecho de Samuel. En silencio. Ese instante era un remanso de paz.

Clara se sentía segura en los brazos de él. Le aportaba serenidad. Le gustaba observarse en sus ojos, verse reflejada en su forma de mirarla. Aquel hombre, tan intensamente atractivo, había logrado, tras tanto, que volviera a sentirse bonita. Sin juicios. Sin miedo.

Con él, los complejos enmudecían. No temía que la viera desnuda a plena luz del día. No se avergonzaba de sus estrías, de sus curvas, del paso del tiempo en sus pechos o su vientre. Samuel adoraba cada centímetro de su cuerpo y se lo recordaba en cada caricia, en cada suspiro compartido.

A su lado, Clara volvió a mirarse. A observarse con ternura. A reconciliarse con su reflejo. Redescubrió la belleza en sus propios cambios, en la historia escrita en su piel. Volvió a sentirse guapa. Volvió a quererse como hacía demasiado tiempo no se quería.

Y Samuel... Samuel, desde que Clara había irrumpido en su vida, se sentía vivo. Joven. Con las ganas intactas de comerse el mundo, como cuando aún todo estaba por hacer. Aquella mujer lo había cautivado. Y ya no podía imaginar la vida sin ella.

El sol teñía de ámbar la escotilla del camarote. Afuera, el mar susurraba suave; dentro, ellos yacían en la cama con las piernas enredadas y las manos en el otro.

Permanecieron así, mecidos por el vaivén del velero y del sentimiento, hasta que Samuel, con la mirada clavada en el techo y la voz algo ronca, rompió el silencio.

—¿Y si nos separamos... y nos vamos a vivir juntos?

Clara se incorporó ligeramente. Sus ojos reflejaban asombro. Y miedo.

—¿Qué dices, Samuel? —preguntó, inquieta—. Eso no es lo que acordamos...

—Lo sé. Pero... ¿no crees que merecemos más que un martes?

¿No sería justo darnos una vida entera?

Clara palideció. El corazón le latía con fuerza. Su pequeño mundo de colores empezaba a temblar.

—¿Y nuestros hijos, Samuel? —susurró—. ¿Y nuestras familias?

—¿Y qué pasaría si decidimos darles el ejemplo de una vida feliz? ¿Qué madre eres cuando vuelves a casa con Alba y Blanca? ¿Eres feliz? ¿Aconsejarías a tus hijas que hicieran lo que estamos haciendo?

—No me pidas esto..., por favor.

—Clara —dijo él, mirándola fijamente—, ¿amas a David?

—Sabes que no. Hace años que no lo amo. Estoy enamorada de ti, Samuel... —Bajó la vista—. Y me duele que lo pongas en duda.

—Yo también estoy loco por ti. Y creo que mis hijos merecen un padre feliz. Que les enseñe que la vida se construye con amor y verdad.

—¿Y este cambio de opinión? —preguntó Clara, con la voz quebrada.

—Convivir con Nuria es cómodo. Ver a mis hijos cada día es lo que más quiero. Pero... ¿y si...?

—No sigas —lo interrumpió ella—. No estoy preparada para esto. No hoy.

El silencio los envolvió. Clara se sentía dividida. Separarse de sus hijas era una idea insoportable. Pero ver a Samuel soñando con una vida juntos... le llenaba el corazón de luz.

Aunque no podía elegir. No ahora. No siendo tan pequeñas. No estaba preparada para ello. Sus niñas eran todo. Samuel era todo. Pero no podía elegir, pues, de hacerlo, siempre ganarían sus hijas. O su miedo.

Volvieron al puerto con una sensación agridulce. Se despidieron con un abrazo que a ambos les supo extraño. Como si una grieta

entre los dos se hubiera abierto.

—Samuel, yo no quiero separarme de mis hijas... —sollozó Clara, rompiendo el silencio—. Pero tampoco soporto la idea de perderte.

Él la apretó con más fuerza, como si pudiera protegerla de su propio dolor.

—No me perderás, Clara —susurró con ternura—. «Nena, estic boig per tu»[2].

Le besó la frente despacio, con la intención de que aquellas palabras en catalán calaran más hondo que cualquier promesa. No era solo una frase, era un puente entre ellos. Un guiño que los llevaba de vuelta a aquella gasolinera perdida en la AP-7, una tarde cualquiera de martes. Sonaba Sau en la radio del minimercado y, sin pensarlo, él se lo había susurrado al oído.

Clara, sin medir consecuencias, sin importar las normas ni el entorno, lo besó allí mismo. Aquel instante, breve y eterno, se convirtió en uno de sus recuerdos más vívidos. Desde entonces, esa canción había quedado ligada a su historia. Un himno no oficial, secreto, perfecto.

# TERCERA PARTE

# Capítulo 23

La sala de reuniones olía a café y libros antiguos. Una mezcla que, tras tantos años, le resultaba familiar. Tomó asiento junto al resto de sus compañeros y pensó que ese día iba demasiado abrigada. El día amaneció nublado, pero con el transcurrir de la mañana, el sol se abrió paso entre las nubes, y ahora el jersey —aunque fino— le resultaba molesto.

Discutían fechas, horarios y la documentación pendiente para la firma. Volvían a Lisboa. Esta vez irían cinco personas: el director general, la directora de Finanzas, el responsable de Operaciones —que aprovecharía para conocer de cerca el departamento de Producción y Logística—, Samuel, como abogado externo, y Clara.

Ella tomaba notas, asentía en los momentos justos, aportaba uno que otro comentario estratégico, pero una parte de sí no estaba allí. Seguía flotando entre las olas, con la sal aún en la piel, con el eco del «¿y si nos vamos a vivir juntos?» retumbándole dentro.

—Clara, ¿te encargas tú de los vuelos? —preguntó un compañero.

—Sí, claro —respondió, volviendo al presente con una sonrisa automática.

El resto de la jornada transcurrió sin novedades. Al finalizar, la abogada gestionó las reservas del vuelo y del hotel. Tomó su bolso,

se despidió con una sonrisa y un guiño a su compañera, y se dirigió al ascensor.

Allí recordó que tenía que pasar por el supermercado. Así era su vida últimamente. Dos realidades se turnaban simultáneamente: secretos, el mar, Samuel; y ahora: yogures, arroz y tomates. Sonrió para sí, incrédula.

Le gustaba hacer la compra. Caminar entre pasillos, dejarse inspirar para nuevos platos. Se detuvo en la sección de hogar. Vio un cojín azul con detalles dorados y, sin pensarlo, lo imaginó en el sofá del velero. «Del velero». Se sobresaltó. No era suyo. Era de Samuel. Si compraba algo para un hogar, debía ser para su casa, la de sus hijas. Aquel pensamiento la incomodó. Con un leve temblor en el estómago, apresuró la compra y se dirigió a la caja.

Ya en el coche, consiguió calmarse. Trató de apaciguar, respirando hondo, la culpa que la visitaba demasiado en el último tiempo. Puso música. Alejandro Sanz, un salvavidas que sabía sostenerla. *Palmeras en el jardín.* Cerró los ojos un segundo y pensó en Samuel. En su sonrisa. En su voz. En su mirada honesta. Pensó en Lisboa. Y entendió que su aventura era también su remanso. Su ansiedad, paradójicamente, nacía del mismo lugar que su calma.

—¡Mami! ¡Ha llegado mami! —gritó Alba al oír la puerta.

—Hola, mi amor —dijo Clara, mientras dejaba las bolsas y le daba un beso en la frente.

—Blanca te necesita. Tiene examen de mates y papá no la puede ayudar.

—¿Dónde está?

—En su cuarto, hablando con una amiga por internet.

—¿Internet? ¡Blanca!

Avanzó por el pasillo, abrió la puerta del dormitorio y le pidió que

tomara sus cuadernos y saliera al salón. Esa noche harían una cena ligera. Tenían mucho que estudiar.

—Mamá, ¿cuándo te marchas a Lisboa? —preguntó Alba, que revolvía el salón buscando un juego que quería llevarse al colegio.

—El *Jenga* está en tu habitación, en la cajonera bajo la cama —respondió Clara sin levantar la vista.

—¿Cómo sabes lo que busco? —Se asombró Alba, con los ojos muy abiertos.

—Soy tu madre. Lo sé todo. —Le guiñó un ojo mientras le señalaba a Blanca la libreta con el ejercicio de matemáticas.

—Pero, mamá, ¿cuándo te vas a Lisboa? —insistió—. Es que quiero traer a Ana a dormir, y no quiero que sea justo esos días.

—Pues ya tengo los billetes. El jueves salgo. Serán solo dos noches, mi amor. Después, puedes traer a Ana cuando quieras.

—¿A Lisboa? ¿Otra vez? —comentó David, que acababa de salir del despacho y se unía al salón, visiblemente cansado. Estaba preparando una auditoría importante—. Esta mamá no para en casa últimamente —añadió en tono irónico, mirando de reojo a Clara mientras hablaba con las niñas.

—Es trabajo, David. También tengo derecho a viajar de vez en cuando —respondió ella, tranquila.

—Solo digo que, desde hace un tiempo, no te veo el pelo, mujer. Nada más. No hace falta que te pongas a la defensiva —dijo él, condescendiente.

—No me pongo nada, David —replicó con calma, consciente de que esa conversación podía escalar, y sin ganas de discutir.

Clara se giró hacia Blanca, buscando cerrar el tema.

—Lo llevas muy bien, cielo. Creo que puedes ir tranquila al examen. Chicos, me voy a preparar la cena —concluyó con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—¿Quieres ayuda? —preguntó David desde el sofá.

—Como quieras. Haré ensalada y pescado a la plancha. Nada complicado.

David la siguió a la cocina. Ella se colocó el delantal y empezó a poner los ingredientes sobre la isla. Mientras troceaba un tomate, él tomó un pedazo de queso y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Qué te pasa, Clara?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella sin mirarlo, nerviosa.

—No sé... Estás distante. Te noto lejos. ¿Va todo bien? ¿Es por el trabajo?

—Sí, claro. Está todo bien. Solo hay mucho que hacer antes de la firma.

—Te has cortado un poco el pelo, ¿verdad? —David la observaba con la mirada inquieta y penetrante.

—Te has dado cuenta, ¿te gusta?

—Estás muy guapa. Últimamente estás radiante, mi amor.

David se acercó con lentitud y la abrazó por detrás. Fue un gesto cariñoso, pero también posesivo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —le susurró al oído—. Me da igual en lo que andes, Clara. No quiero explicaciones. No quiero saberlo —insistió—. Solo quiero que vuelvas. —Acercó el rostro hasta su pelo y aspiró fuerte, como si quisiera respirar su esencia, tal vez, como una primitiva forma de recuperarla.

La había rodeado con los brazos, limitando sus movimientos mientras ella seguía troceando.

Fue entonces cuando se cortó un dedo.

—¡Ves! Me has hecho cortarme, tonto... —dijo, forzando una risa tensa.

Dejó el cuchillo en la encimera y salió directa al baño. Necesitaba una tirita. Y un momento a solas. Llorar sin que la vieran.

# Capítulo 24

Era martes.

El día estaba despejado, mañanas de finales de primavera que aún no se deciden entre el abrigo o la manga remangada. Samuel llevaba la americana colgada del antebrazo, caminando sin prisa, pero con la mente en otra parte. Había salido del bufete a media mañana tras una reunión intensa y había aprovechado para visitar a un cliente de toda la vida en el Eixample. De regreso, se permitió bajar caminando por una calle tranquila. En su mente, Clara.

Pensaba en ella más de lo que sería prudente reconocer. La sabía enamorada, no tenía la más mínima duda de su entrega, de lo que ambos sentían. Sin embargo, desde hacía varias semanas la notaba diferente. Triste. Apagada.

Doblando una esquina, algo lo sacó de su espiral de pensamientos.

Un escaparate pequeño, casi escondido, de una tienda artesanal con alma de otra época. Allí, entre cerámicas, pañuelos bordados y collares de cristal, unos pendientes captaron su atención. Largos, de filigrana antigua, tonos verdes profundos. Eran elegantes, sí, pero también libres. Bohemios. Como Clara.

Se detuvo. Sonrió solo. La imaginó con ellos, el cabello suelto, riendo de medio lado. Entró sin pensarlo demasiado, como quien

sigue un impulso que no necesita justificación, pidió que los envolvieran con delicadeza. Eligió un papel color arena, simple, elegante. Nada recargado. Algo que no gritara «regalo», pero que fuera especial.

Esa tarde se verían. Y se los daría.

Samuel se había quedado dormido.

Habían hecho el amor con esa mezcla de ansiedad y ternura que solo parecía posible en su velero, ese rincón secreto donde todo lo prohibido se volvía sagrado. Después, compartieron un poco de vino y palabras suaves, miradas que hablaban más que cualquier promesa. Ahora, él dormía en el camarote, el pecho descubierto, respirando en calma.

Clara salió a cubierta en silencio. Llevaba puesta una de sus camisetas, amplia, suave, y los pendientes que Samuel le había regalado esa tarde. Aún no se había mirado en un espejo, pero los sentía colgar ligeros, rozándole el cuello, como un recordatorio cálido de sus besos. Eso le gustaba. Llevarlos sería como tenerlo un poco más cerca.

Miró al infinito mar azul que tanto sabía de ella. Pensó en sus hijas.

Hoy no tenían Música, la escuela estaba cerrada por fiesta local.

Ella les había dicho que tenía clase de yoga y luego una merienda con una amiga. Una más de las mentiras que ya formaban parte de la rutina.

David, por su parte, había decidido faltar a pádel. Cuidaría de Alba, quizá la llevaría al parque, luego prepararía la cena.

Por la mañana, cuando Clara le anunció que no estaría, él le preguntó si no podía, solo por un día, saltarse el dichoso yoga.

Ella, sin dudar, devolvió la pregunta:

—¿Y tú, no podrías saltarte el pádel?

Se miraron con furia contenida.

Él cedió.

Ella sabía que él se lo cobraría.

Pero Clara no tenía miedo de David, ni de sus reacciones ni de sus reproches.

Lo que verdaderamente la hería, lo que le encogía el pecho con un nudo de angustia, era haber vuelto a mentir a sus hijas.

Miró al mar, y una punzada le atravesó el corazón.

¿Qué clase de madre era? ¿Qué madre les oculta la verdad a sus niñas para escapar con su amante?

Sintió un dolor agudo en el pecho. Un dolor físico, real. Una culpa que dolía más que cualquier bronca con David.

Y, por primera vez en mucho tiempo, deseó con todo su ser estar en casa.

Al subirse al coche, el corazón le dio un vuelco, cinco llamadas perdidas de David.

Sintió un frío súbito en la nuca.

Lo llamó de inmediato. No respondía.

Voló por la carretera de vuelta, con las manos temblando sobre el volante y la mente en blanco.

Al llegar, los encontró a los tres sentados en el sofá. Respiró hondo. Estaban bien. O eso parecía.

Pero entonces él estalló.

—¡¿Dónde narices estabas, Clara?! —gritó David desde el otro lado del salón, con la voz cargada de furia contenida—. ¡Te he llamado mil veces!

—Lo siento, David —dijo ella, temblando, con lágrimas en los ojos al mirar a su hija menor, que tenía una venda en el tobillo—. Me

quedé sin cobertura... estaba en un bar, no había señal...

Otra mentira. Una más.

—¡A Alba la ha atropellado un niñato con un patinete! —gritó David, furioso—. ¡Está bien, es solo un esguince y un rasguño, pero joder, Clara! ¡¿Dónde coño estabas?!

Ella corrió hacia su hija, la abrazó con fuerza, como queriendo fundirse en ese gesto. Lloró. Lloró por el miedo, por el alivio, por la culpa.

Por lo que podría haber pasado. Por lo que no estaba segura de poder sostener más.

Clara se apagaba.

Estaba rota, hundida, atrapada en una encrucijada emocional de la que no encontraba salida.

Y por primera vez, el amor ya no era suficiente consuelo.

La casa dormía.

Las niñas, exhaustas por la tensión del día, se habían quedado echadas en el sofá. David las había llevado a la cama sin decir una palabra más. Desde la discusión, no cruzaron más que miradas distantes. Él cerró la puerta del dormitorio con ese silencio que habla más que un grito.

Clara se quedó sola en la cocina, bajo la luz cálida pero tenue que colgaba sobre la isla. Las tiritas del botiquín seguían estando aún sobre la encimera; los restos de la cena, en el fregadero. Todo parecía seguir su curso, pero dentro de ella algo se había quebrado.

Salió al porche y encendió un cigarrillo. Sintió el aire fresco de la noche acariciarle el rostro; el humo cálido, bajándole por la garganta, como un bálsamo momentáneo. El mismo cigarro de siempre, el mismo gesto clandestino, pero esta vez no supo si fumaba para calmarse o para castigarse.

Un silencio denso la habitaba, ese tipo de silencio que se instala solo después del miedo, no a David ni a su enfado, sino al abismo de la situación en la que sentía que se encontraba. A la madre en la que se había convertido y que no supo estar cuando su hija la necesitaba. Al alto precio que empezaba a suponer su historia de amor.

Miró su móvil. Un mensaje de Samuel. Solo uno: «¿Todo bien?».

No respondió.

No porque no quisiera, sino porque no sabía qué decir.

Clara sintió que algo se había roto en su interior, una línea invisible pero firme que separaba el deseo de la realidad, el sueño del deber.

Y, aunque amaba Samuel con cada fibra de su ser, por primera vez comprendió que el amor no basta cuando se ahoga entre la culpa y el miedo.

No respondió el mensaje de Samuel. En su lugar, envió uno a Olivia.

**Clara**

Oli, estoy mal. Saquemos un rato mañana para vernos.
Te quiero, amiga.

Ni un minuto después tenía la respuesta.

**Olivia**

¿Qué te pasa? ¿Te llamo? Dime la hora, yo me organizo.
Si quieres, comamos juntas. Yo puedo.
Invéntate algo y falta al trabajo. Di que necesitas ropa
para el viaje y sal antes. Te quiero.

**Clara**

Es tarde. Mañana te cuento. Comamos juntas. Llegaré

sobre las 14.00. Llevo algo preparado, no te compliques.

Buenas noches, Oli. TQ.

**Olivia**

Buenas noches. Te quiero, Clara.

La mañana se hizo eterna. En veinticuatro horas estaría volando, junto con Samuel, rumbo a Portugal. Le apetecía el viaje, sí, pero lo que dejaba en casa —su niña con el pie vendado, su marido enfadado, ese clima espeso— no le gustaba. Necesitaba una dosis urgente de su amiga del alma.

Por fin llegó la hora de comer.

Se disculpó por marcharse antes y pidió permiso para continuar la jornada desde casa, con la excusa de preparar el equipaje y realizar gestiones de última hora. No era cierto. Tenía todo listo. *Tuppers* en la nevera, niñera contratada para recoger a las pequeñas, maleta prácticamente cerrada.

Olivia la esperaba con el codo apoyado en el marco de la puerta, su cabello cobrizo recogido en un moño del que caían mechones rebeldes sobre el rostro, dándole un aire misterioso. Llevaba ropa ancha de algodón del caro y una sonrisa brillante por culpa del *gloss.*

—Pasa, siéntate y cuéntamelo todo —dijo al cerrar la puerta.

—He traído ensalada y pastel de atún —comentó Clara, alzando las bolsas de la tienda de comida preparada.

—Buena elección —respondió su amiga—. Yo tengo vino y yogures. —Y soltó una carcajada. Olivia supuraba carácter y alegría.

—Estupendo, menú completo. —Ambas rieron.

La mesita baja frente al sofá ya estaba preparada. Solo faltaba emplatar. Era comida fría, perfecta para compartir sin prisas.

—¿Qué pasa, Clara?

Ella dio un sorbo al vino antes de contestar.

—Alba tuvo un accidente. Nada grave, pero yo... no estaba.

Olivia no interrumpió, solo le acarició el brazo en silencio.

—Estaba con Samuel. En el velero. Sin cobertura. Mintiendo. Y mientras tanto... mi hija me necesitaba.

—Te estás castigando —dijo Olivia, suave—. ¿Y qué más pasó?

Clara tardó en responder.

—David lo sabe. No me lo ha dicho, pero lo sé. Lo noto en su mirada. Y Samuel... Samuel me pidió que nos fuéramos a vivir juntos.

—Dios mío —exclamó Olivia, con la boca llena.

Clara la miró con los ojos vidriosos.

—Lo amo, Oli, pero no puedo. No ahora. Me siento... dividida. Soy dos personas. Y cada día me cuesta más sostenerlas.

Olivia asintió lentamente, comprendiendo más allá de las palabras. Dio un sorbo al vino, carraspeó.

—No voy a decirte qué hacer. No hoy. Pero prométeme una cosa, Clara.

—¿Qué?

—No te pierdas a ti misma en medio de todo esto. Ni por amor, ni por culpa ni por miedo. Tú también eres importante. No lo olvides.

Clara cerró los ojos. Olivia tenía razón. Siempre la tenía.

Regresó a casa algo más ligera. Hay amigas que sanan el alma. Que sostienen cuando una se tambalea. Son hermanas. Ángeles. Compañeras. Mujeres.

Las niñas correteaban por el pasillo, peleando por un brillo de uñas que le habían regalado en el supermercado a Blanca.

Clara terminó de cerrar la maleta. Suspiró hondo y envió un mensaje a Samuel: «Te veo en el aeropuerto. Ansío besarte*. Bona*

*nit*».

# Capítulo 25

Clara se encargó de hacer el *check in* online de su billete y el de Samuel. Eligió los asientos con cuidado, lado a lado, junto a la ventana. No era solo una cuestión de logística, era una necesidad emocional. Quería sentirlo cerca en ese viaje tan cargado de significado.

El vuelo fue tranquilo. Dos horas escasas separaban su ciudad de Lisboa, pero emocionalmente era un salto de planeta.

Desde que aterrizaron, Clara sintió cómo el pecho se le abría como una flor al sol. Lisboa. Aquella ciudad tenía algo que la acariciaba desde dentro.

Mientras descendían por la escalerilla del avión, una brisa templada les rozó el rostro. El cielo, despejado y alto, dejaba colar una luz suave, como si alguien hubiera colocado un filtro de melancolía dorada sobre la ciudad. Samuel aspiró profundo. Reconocía ese olor a sal y piedra antigua, a río y a historia. Clara lo miró de reojo. Sonrió. Volvían a su ciudad.

El camino hasta el hotel lo hicieron en un coche negro que zigzagueaba entre las colinas. Las fachadas estaban tapizadas de tonos azules, verdes, mostaza. En cada esquina, ropa tendida bailando al ritmo del viento. La vieja carretera hacía sonar las ruedas del vehículo con un eco familiar.

Clara apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y observó el tranvía 28 pasar lento. Lisboa tenía alma, y ellos también cuando la pisaban juntos.

El ambiente entre el grupo era cordial, incluso relajado. Mariona, la directora de Finanzas —una mujer elegante de sesenta y tres años con una voz firme pero cálida— charlaba animadamente con el director de Operaciones. Samuel, sentado junto a Clara, mantenía la mano apoyada en su propia pierna; discreto, rozaba con el meñique la mano de Clara. Ese pequeño gesto la anclaba al presente, al deseo, a la complicidad. Volvía a él en Lisboa. Otra vez.

El hotel estaba ubicado cerca del Chiado, con balcones de hierro forjado y una recepción de suelo hidráulico que los hizo sonreír al unísono. Clara pensó que incluso las habitaciones olían a historia. Se instalaron pronto. Una ducha rápida, cambio de ropa, y bajaron todos juntos a comer a una terraza con vistas al Tajo. El río brillaba bajo el sol de mediodía.

Samuel deseaba con urgencia un momento a solas con Clara. Durante el vuelo, aunque estuvo cercana, la notó en otro lugar. La amaba con todo su ser y necesitaba saber si estaba bien.

A las 17.00 estaba prevista una reunión en una pequeña sala del hotel para preparar la documentación de la firma del día siguiente. Hasta entonces, la tarde era libre.

A las 16.00, Clara picó suavemente en la puerta de su habitación.

Samuel abrió descalzo, con la camisa algo desabrochada. El mismo perfume de siempre, el mismo gesto en los ojos. Suyo.

Ella sonrió, suave, aún algo tensa.

—Pasa —le dijo él, y su voz fue como una tregua.

Lisboa los había traído de vuelta. Pero ahora faltaba saber si la ciudad, que siempre fue su cómplice, los protegería una vez más.

Samuel cerró la puerta con suavidad. El mundo quedó fuera. Clara entró despacio, sus ojos lo buscaron.

Él la miró, serio, sereno pero atento.

—¿Estás bien? —preguntó con voz baja, sin rodeos.

Clara dejó su bolso a los pies de la cama. Se sentó al borde y bajó la mirada, jugueteando con sus dedos.

—No lo sé, Samuel. Estoy agotada. No del viaje..., sino de mí.

Samuel se arrodilló frente a ella. Le tomó las manos, suaves, algo frías.

—Háblame, nena. Por favor.

Clara lo miró por fin. Sus ojos verdes estaban empañados.

—No estoy bien —susurró, y se le quebró la voz—. Hace días que no duermo. No dejo de pensar, de dar vueltas a todo... A ti, a las niñas, a David. A las mentiras. Me estoy volviendo loca.

Samuel apretó su mano con ternura.

—No estás sola, Clara. Estoy aquí.

—Te amo. Lo sabes, ¿verdad? Te amo con cada parte de mí. Pero no puedo vivir con esta culpa. —Una lágrima cayó sin avisar—. No por David. A él hace tiempo que lo perdí. Pero a mis hijas..., Samuel, miento a mis hijas.

Él la abrazó, sin decir nada. Solo la rodeó con sus brazos y la sostuvo, como quien recoge los trozos de algo que no quiere que se rompa.

Ella hundió la cabeza en su cuello y lloró en silencio.

—No soy tan fuerte como creía —murmuró contra su piel—. Me siento dividida en dos y no sé cuál de las dos partes soy yo. No quiero perderte, pero me estoy perdiendo a mí.

Samuel la separó un poco, solo lo justo para mirarla a los ojos.

—Clara, yo no quiero que te rompas por mí. Quiero verte feliz. Libre. Y si eso significa que necesitas espacio, tiempo... lo

entenderé. Pero yo estoy aquí. Y te amo profundamente, con todo lo que soy.

Ella se inclinó y lo besó. No fue un beso urgente, sino de necesidad. De consuelo. De amor. Se miraron unos segundos y, sin palabras, comenzaron a desvestirse. Sin prisa, con ternura. Como si quisieran memorizar cada botón, cada gesto.

Se recostaron en la cama. Se amaron con calma, sabiendo que ella necesitaba suavidad, refugio.

Hicieron el amor despacio, como solo lo hacen quienes se conocen el alma. Las manos se buscaron, los cuerpos se entendieron sin exigencia, sin máscaras. En aquel cuarto de hotel, Clara dejó por un rato de pensar. Se permitió solo sentir. Después, se quedó acurrucada contra su pecho, en silencio. El corazón le latía aún fuerte, pero la mente, por primera vez en días, estaba en paz.

—Gracias —susurró ella, ya adormecida.

—Te amo —respondió él, acariciándole el pelo.

Lisboa, testigo mudo, los arropaba desde las ventanas abiertas. Afuera, las luces empezaban a encenderse en las colinas, como si la ciudad también los abrazara.

Tras la reunión, acordaron encontrarse en el *hall* del hotel en una hora, tiempo suficiente para darse una ducha y arreglarse. Un taxi los esperaba para llevarlos a cenar a un restaurante con música en el corazón de la ciudad.

Samuel ya estaba listo. Pantalón chino en tono marrón oscuro y camisa blanca tipo *sport*. Caminó hacia la habitación de Clara, habían quedado en bajar juntos. Alzó la mano para llamar, pero entonces la oyó hablar por teléfono. No quería escuchar, pero su voz era clara y el tono no dejaba dudas. Era David. Y no parecía una conversación fácil.

Se quedó unos segundos dudando, pero prefirió no invadir. Dio media vuelta hacia el ascensor. En ese momento, se cruzó con el director general, quien con una alegría algo inesperada lo interceptó.

—¡Vamos juntos, señor Guerrero! Nos espera una noche divertida en Lisboa.

Samuel asintió con cortesía y bajó junto a él. Desde el móvil, escribió un mensaje a Clara: «Te espero abajo. Bajé con el jefe».

Clara no lo leyó. Su conversación con David la tenía al borde de un colapso.

—Escúchame bien, TE QUIERO, y haré lo que haga falta por recuperarte —decía él al otro lado—. Me da igual si hay otro, si lo hubo o no. Somos una familia. Los cuatro. Y sé que eso, para ti, siempre ha sido lo más importante.

Ella sintió el tirón emocional. Sabía leer entre líneas. Lo que él decía no era amor, era presión emocional. Estrategia. Manipulación disfrazada de romanticismo.

—David... no es el momento. —Intentó poner distancia.

—Sí lo es. Estás lejos, las niñas te echan de menos. Y yo. La casa sin ti está vacía. ¡Vacía, mamá! —remarcó, en tono dramático —. Cuando regreses, nos vamos los cuatro de viaje. A Italia. ¿Recuerdas Venecia? Pues ahora, Roma. Te amo, Clara. Y no voy a perderte. Cueste lo que cueste.

—De acuerdo, David. Iremos a Roma —respondió finalmente, con la voz seca. Ni lo sentía ni lo deseaba, pero la necesidad de cortar aquella conversación era más urgente que la verdad—. Ahora tengo que bajar a cenar. Dales un beso a las niñas.

Colgó. Se quedó inmóvil un momento, luego se recompuso. Se maquilló de nuevo los ojos, esos ojos verdes que, en ese instante, estaban cargados de angustia. Y bajó al *hall*. La noche con Samuel la esperaba.

El restaurante estaba en Alfama, uno de los barrios más antiguos y encantadores de Lisboa. Fachadas lisboetas que ya eran familiares, faroles cálidos, el suelo de piedra irregular que obligaba a caminar despacio. Dentro, una mezcla envolvente entre sala de fiestas y local tradicional. Comida portuguesa con acento moderno. Vino de la tierra. Música en vivo.

El ambiente era animado. Mariona, la directora financiera, estaba especialmente divertida, contando anécdotas de viajes pasados. Todos parecían más distendidos. Clara y Samuel compartían mesa, sentados frente a frente, intercambiando silencios cargados de palabras no dichas.

Llegaron los postres, los chupitos, el vino dulce de Oporto. Y luego, el baile.

Se escuchó una melodía lenta. Samuel se acercó y le tendió la mano.

—¿Bailas?

Ella asintió, sin palabras. Se dejaron llevar por la música, rozando apenas sus cuerpos, cuidando cada gesto.

—¿Qué ha pasado, Clara? —susurró él mientras giraban—. ¿Estás bien?

—No, Samuel. David... quiere que vayamos a Roma al volver. Los cuatro. Como una familia feliz.

Él apretó la mandíbula. No supo disimular la punzada que le cruzó el pecho.

—Entiendo...

—No hablemos aquí. Esperemos a llegar al hotel —dijo ella bajito, sin mirarlo a los ojos.

Y siguieron bailando. Fingiendo que nada pasaba. Mientras por dentro, todo temblaba.

Algo ebrios, en su mayoría, fueron retirándose poco a poco a sus habitaciones. Era tarde, y a las nueve de la mañana habían quedado para desayunar antes de desplazarse a la sede de la empresa portuguesa, donde por fin se firmaría la operación de compraventa. Las despedidas fueron rápidas, entre risas bajas y bostezos, deseándose buenas noches con la complicidad de un día bien cerrado.

Clara y Samuel acordaron encontrarse en la habitación de ella pasados unos quince minutos. Preferían asegurarse de que nadie los viera. Nadie debía sospechar lo que estaba a punto de suceder.

Samuel llamó a la puerta. Clara abrió sin decir nada. Él entró, y por un instante se miraron en silencio. La habitación olía a su perfume, y algo en el ambiente se sentía más triste que íntimo.

—¿Estás bien? —preguntó él, acariciándole el rostro.

—No lo sé, Samuel... Me siento rota —respondió Clara, bajando la mirada—. No puedo seguir mintiendo a todos. A las niñas, a David, a mí misma. Te amo, pero no duermo tranquila. No vivo tranquila. No estoy bien.

Samuel la abrazó, fuerte, como queriendo protegerla del mundo y de sí misma. Luego se apartó apenas un poco, lo suficiente para mirarla con calma, con esa ternura que solo da el amor verdadero. Entonces habló, con una serenidad firme que a ella la desarmó:

—Te amo, pero no quiero ver que te destruyes por mí. No puedo ser eso en tu vida.

Clara lo miró con lágrimas en los ojos, como si no quisiera escuchar lo que ya sabía que vendría.

Él decidió ser valiente, pero no para irse con ella. Para dejarla ir. Por amor.

—Te amo demasiado como para ser la causa de tu pena. Prefiero que rompamos. Que seas libre. Que vuelvas a dormir sin culpa. Que

respires sin tener que esconderte.

Ella comenzó a llorar con fuerza, sujetándolo con ambas manos, negando con la cabeza como una niña que no quiere perder su lugar seguro.

—Estaré aquí si me necesitas. Siempre. Pero no quiero que mi amor te pese más de lo que te alivia —añadió él, con la voz rota.

Volvió a besarla en la frente, suavemente. Y con el corazón hecho trizas, salió sin mirar atrás.

Clara se dejó caer en la cama, llorando en silencio. Por dolor, por amor, por pérdida. Pero también por un extraño y tibio alivio. Se acabaron las mentiras, pensó. Ya no tendría que inventar más coartadas.

Ahora... la única mentira que debía sostener era su matrimonio.

Samuel caminó despacio por el pasillo del hotel, como si el cuerpo le pesara más de lo habitual, como si cada paso fuera un esfuerzo. La llave de su habitación temblaba ligeramente entre sus dedos, no por el vino, no por el día largo, por lo que acababa de hacer.

Entró. Cerró la puerta sin hacer ruido. Cerró los ojos. Necesitaba convencer a su propio corazón de que había hecho lo correcto.

La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la luz anaranjada que se colaba por la ventana sin haber sido invitada. El silencio era espeso, abrumador. Se desabrochó lentamente la camisa, como si el simple gesto le costara demasiado. Se sentó en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cubriéndole la cara.

Un nudo en la garganta. No podía llorar, no podía dormir, no podía respirar con normalidad. Solo pensaba en ella. En su voz, en sus lágrimas, en la forma en que se le quebró la mirada al oír sus palabras. Clara.

Había hecho lo que sentía justo. Lo sabía. No podía permitir que su amor fuera lo que la arrastrara al dolor. Y, sin embargo, jamás se había sentido tan solo. Tan vacío.

—¿Qué he hecho...? —susurró al aire, sin esperar respuesta.

Se levantó, caminó hacia la ventana y abrió un poco. Lisboa dormía allá abajo, ajena a su desgarro.

Y él... roto.

No había marcha atrás. Había elegido el camino difícil. El de amar en silencio. El de seguir queriéndola, aunque ya no la tuviera.

Volvió a sentarse. Se acostó sin desvestirse del todo, con la sensación de que esa noche sería larga. De que, probablemente, todas las noches que vinieran después lo serían.

A la mañana siguiente, la luz entraba tenue por las ventanas del hotel, a través de cortinas gruesas que no lograban borrar del todo el paso del tiempo.

En el desayuno del equipo, las sonrisas eran amables pero forzadas. Clara y Samuel apenas cruzaban miradas. No hacían falta palabras para notar el peso que ambos llevaban encima. Él, con los ojos apagados; ella, con las mejillas pálidas y un rastro de ojeras que ni el maquillaje podía disimular. La noche no había sido buena para ninguno de los dos.

El trayecto en coche hasta la empresa transcurrió con pequeñas conversaciones, risas diplomáticas y comentarios de cortesía. Todo parecía en orden. Solo ellos sabían la grieta que se había abierto la noche anterior.

La firma fue rápida. Un apretón de manos, fotos institucionales, brindis con vino blanco. Luego, una comida larga, de celebración. Clara apenas probó bocado. Samuel fingió entusiasmo. Ambos actuaron a la perfección, como se espera de dos adultos

responsables que han aprendido a disimular el dolor.

Por la tarde, Clara subió a su habitación antes que los demás. Se quitó los zapatos con torpeza, se miró en el espejo y sintió que algo dentro de ella se quebraba. No podía dejar que terminara así. No sin una despedida. No sin tocarlo por última vez.

Cruzó el pasillo sin pensarlo dos veces. Llamó a la puerta de Samuel. Él abrió en segundos, como si la hubiera estado esperando.

Clara lo miró con los ojos llenos de lágrimas. No dijo más que:

—Te amo. Déjame amarte una vez más... antes de perderte para siempre.

Samuel no respondió enseguida. La miró con los ojos empañados. La acarició con la mirada entera, como quien sabe que está viendo algo irrepetible.

—A mí nunca me vas a perder —susurró—. Pero si esta es nuestra última vez... que el mundo se detenga.

La tomó entre sus brazos, cerró la puerta, y todo el ruido quedó afuera.

Se desnudaron despacio. Se besaron sin prisa. Se tocaron como si quisieran memorizar cada línea, cada lunar, cada rincón del otro. No hubo prisas, solo entrega. Amor del bueno, del que se da sabiendo que es el fin.

Se amaron toda la tarde. Toda la noche. No bajaron a cenar. No quisieron compartir su tiempo con nadie más.

Amanecieron abrazados. Exhaustos. En silencio.

Despidieron su amor a lo grande.

# Capítulo 26

Samuel abrió la puerta de casa. El olor a canela y vainilla llegó antes que cualquier saludo.

—¡Papi, papi, papi ya está en casa! —gritó Ivet al oír el clic de la cerradura.

Salió corriendo desde el comedor, con calcetines desparejados, y se le colgó del cuello con una emoción que lo desarmó. Él, como siempre, la alzó en el aire, girándola levemente, aunque ya era mayor para aquellos juegos.

—¡Samuel! —gritó Nuria desde la cocina—. ¡Estamos aquí, haciendo un bizcocho!

Todo seguía igual. La casa, los sonidos, el aroma dulce, la calidez del hogar.

Todo menos él.

Respiró hondo. Dejó la maleta en el pequeño recibidor, colgó la chaqueta en el perchero y estiró una sonrisa lo más parecida a la realidad que fue capaz de dibujar. Luego se acercó a la cocina. Ivet hablaba sin parar. Nuria se giró para verlo y le sonrió.

Samuel besó a su esposa en la cabeza. La vida, pensó, continuaba. Aunque por dentro, algo en él estaba en carne viva.

Clara llegó a casa cuando el sol ya caía. Al entrar, notó algo raro.

Confeti esparcido en el suelo, luces más tenues de lo habitual, un silencio curioso. Frunció el ceño.

Avanzó por el pasillo, y entonces, dijeron de golpe:

—¡Sorpresa! ¡Mamá, bienvenida! —gritaron Blanca y Alba al unísono.

Globos, una pancarta hecha con cartulina, letras de colores pegadas torpemente, un pastel en la mesa del comedor. Clara se quedó paralizada un instante. Luego sonrió, sorprendida.

—¡Mira, mamá, mira lo que ha comprado papá! —dijo Alba, eufórica.

—Alba, cariño, deja que al menos se quite la chaqueta —añadió David, sonriente, rebosante de orgullo por la escena que había preparado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Clara, forzando una alegría que deseaba sentir.

—Mira, mamá, mira —insistió una de sus hijas, entregándole un sobre con las manos temblorosas de emoción.

Dentro, los billetes. Roma. Hotel boutique en Trastevere. Itinerario cuidadosamente diseñado. Coliseo, Fontana di Trevi, helados artesanales, un día en el Vaticano, cena en una *trattoria* con vistas al Tíber. Todo perfecto. Todo en familia.

Clara sintió el corazón en un puño.

David la observó con calma, con esa mirada que usaba cuando quería que entendiera algo sin palabras. Como si le dijera: «Lo he hecho por ti. Por ellas. Por los cuatro».

Ella lo sostuvo. Asintió casi imperceptiblemente. David lo había conseguido. Las niñas estaban felices. Ilusionadas. Todo funcionaba. El engranaje seguía girando.

Él sonrió. Satisfecho. Triunfante.

Había ganado. Otra vez.

Y Clara... Clara lo dejó vencer.

—¡Mami! —gritaron a coro, abrazándola fuerte.

Clara sonrió, las abrazó con ternura, cerró los ojos y sintió cómo su corazón se dividía de nuevo. Una parte latía por ellas. La otra, la otra se quedaba flotando sobre Lisboa, anclada a un velero invisible que ya no volvería a zarpar.

Subió la maleta hasta su habitación, se cambió de ropa, se encerró en el baño. Lloró en silencio, apoyada contra la puerta, no por la culpa ni por la pérdida, lloró por todo. Por haber amado tanto. Por haber tenido que elegir.

Y por haber elegido renunciar.

# Epílogo

Había pasado casi un año desde el último adiós.

El tiempo, caprichoso y lento cuando duele, había arrastrado los días uno tras otro, tejiendo una rutina distinta, silenciosa, necesaria. Clara seguía con su vida. Las niñas crecían rápido, David había suavizado su carácter, y ella, poco a poco, había aprendido a sostenerse sin romperse.

Cada martes, Clara salía sola. Se regalaba un rato para ella. A veces caminaba por la playa, otras iba a su clase de yoga —la verdadera, esta vez— o simplemente se perdía por las calles del centro de Barcelona antes de regresar a casa. Era su ritual secreto. Su forma de no olvidar.

Aquella tarde, sin buscarlo, entró en una librería pequeña y luminosa del Eixample. Una de esas con estanterías de madera que huelen a tinta vieja y papel nuevo, donde el tiempo parece detenerse.

Llevaba los pendientes verdes que Samuel le había regalado. No solía usarlos, pero esa mañana, al verlos en el joyero, los tomó como quien elige un talismán sin saber por qué.

Avanzó despacio entre los pasillos, acariciando los lomos de los libros con los dedos. Se detuvo frente a una mesa, casi por inercia,

tomó una novela de Isabel Allende. *El amante japonés.*

Y entonces lo vio.

Samuel. De pie, apenas a unos pasos, con un libro de Derecho en las manos. Ligeramente despeinado, camisa blanca, más delgado, más serio. Más él.

Sus miradas se encontraron. Ninguno habló. Durante unos segundos, el ruido de la librería, las voces, el crujido de las hojas, todo se desvaneció. Solo estaban ellos.

Se sonrieron. Primero, tímidos. Luego, con esa complicidad intacta que el tiempo no había borrado.

Salieron a la calle juntos, sin apenas palabras.

Caminaron unos metros en silencio, como si no quisieran romper la magia del reencuentro.

—¿Cómo estás? —preguntó él, con voz serena.

—Bien —respondió ella—. Todo va bien. ¿Y tú?

—También —dijo él, sin apartar la vista de sus ojos.

No quiso añadir nada más, nada que pudiera romper ese instante.

—Samuel...

—Dime.

Ella dudó. Luego lo dijo.

—Te he echado de menos. Cada martes. Cada día. Cada minuto desde que nos despedimos.

Los ojos de él se humedecieron, pero no respondió. Solo la miró, como se mira algo que no se ha dejado de amar.

Y entonces, sin planearlo, sin intención explícita, sus manos se rozaron. Sus dedos, muy sutilmente, se entrelazaron. Fue leve, casi imperceptible. Como si uno y otro quisieran comprobar que el otro seguía siendo real. Ese gesto bastó para ambos.

Ahí, en medio de la ciudad, en medio de todo y de nada, Clara

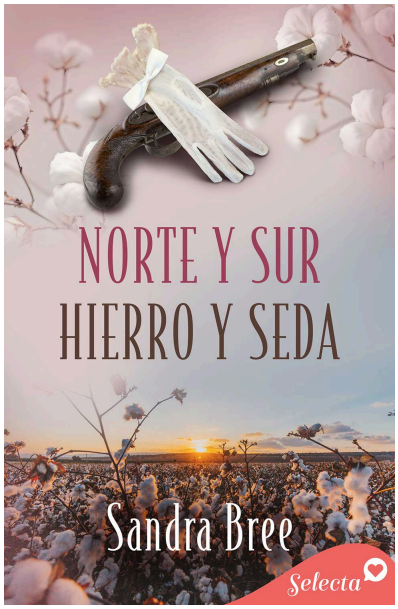
supo que algunos amores no terminan. Algunos amores se aprende a vivirlos en silencio.

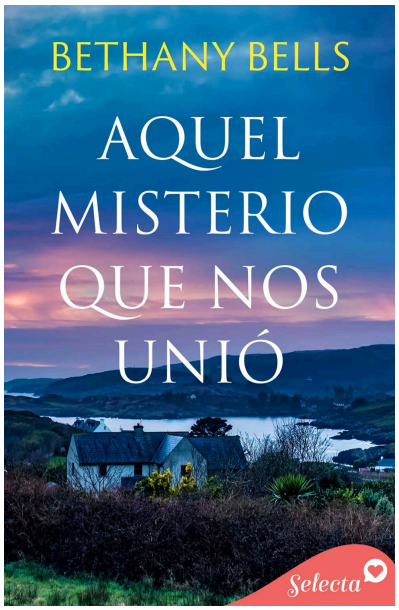
Si te ha gustado

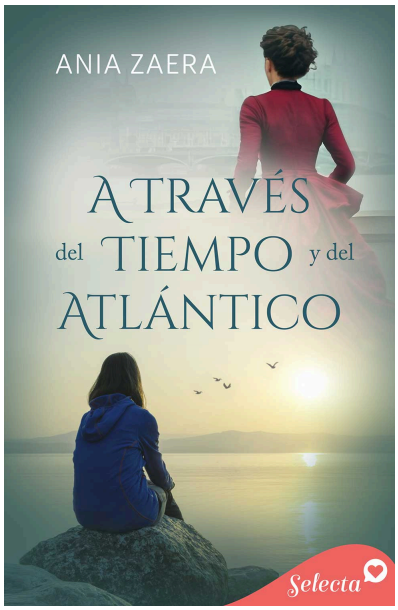
# *Nada más*

puedes disfrutar de estas




BETHANY BELLS
AQUEL MISTERIO QUE NOS UNIÓ
Selecta


ANIA ZAERA
A TRAVÉS del TIEMPO y del ATLÁNTICO
Selecta


Un amor reducido a cenizas
Les Waïl 1
MAR POLDARK
Selecta


EL LIENZO DE TUS SUEÑOS
MIRANDA KELLAWAY
Selecta


Cartas al viento de otoño
Eiko Baioretto
Selecta

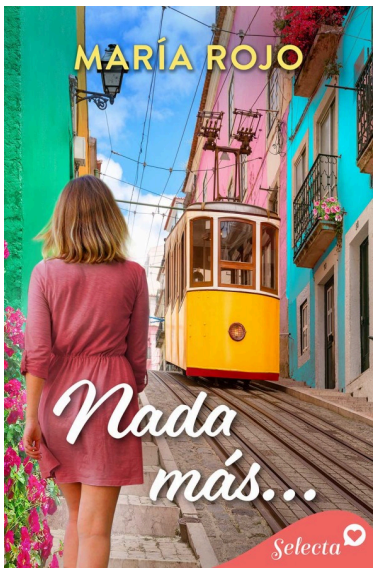

Noa Alférez
Bajo el mismo AMANECER
Corazones Salvajes 1
Selecta

**Un viaje a Lisboa.**

**Un reencuentro inesperado.**

**Una decisión que podría cambiarlo todo.**

**¿A qué estarías dispuesto a renunciar por amor?**




**Clara** tiene una vida en apariencia perfecta. Pero algo en ella se quebró tiempo atrás. Desde entonces, vive con la sensación de haber olvidado quién era. **Samuel** es un abogado brillante. Casado, con dos hijos, también arrastra la rutina de un matrimonio que dejó de ser refugio.

Un viaje a Lisboa los reencontrará tras años sin verse. Lo que comienza como una colaboración profesional se transforma en un vínculo que ninguno buscaba. **Amor, deseo, culpa, y una pasión que se cuela entre las grietas de lo cotidiano.**

Esta no es una historia de traiciones sino de almas que se reconocen. De decisiones difíciles. De esos amores que llegan tarde, pero llegan para quedarse.

**Un relato profundo sobre el amor, la maternidad, la identidad y las elecciones que marcan una vida.**

**María Rojo** (Barcelona, 1980) estudió Derecho y grafología y está especializada en el estudio de la personalidad. Dirige los Recursos Humanos en una multinacional, pero su verdadera pasión es escribir: un intimismo bello y aderezado con prosa poética da voz a las historias de romance contemporáneo que encontramos en sus novelas.



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, María Rojo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-66-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] La *rachola*, o *rajola*, es un término que se utiliza en Baleares y Cataluña para definir «azulejo» o «baldosa».

[2] En español: «Nena, estoy loco por ti», de la canción *Boig per tu*, de la banda catalana Sau.

# Índice


Nadá más...

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte

- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Tercera parte
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre María Rojo
Créditos
Notas